

“Los ejércitos derrotados sacan buenas lecciones”

— Conclusiones de la Unión de Comunistas de Irán
(Sarbedarán)

Ésta es una reimpresión del *Haghigat*, órgano central de la Unión de Comunistas Iraníes (Sarbedarán) [UCI (S)], que reapareció después de una larga pausa, debido a la severa represión del régimen reaccionario de Jomeini. El artículo intenta dar un paso hacia una síntesis basada en las avanzadas experiencias del proletariado y un resumen de la seria debilidad del movimiento comunista en Irán — *Un Mundo Que Ganar* 1985/4.

“Las revoluciones burguesas, como las del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su período impetuoso y agresivo. En cambio, las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: *Hic Rhodus, hic salta! ¡Aquí está la rosa, baila aquí!*” (Marx, Carlos, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* [México: Editorial Grijalbo, 1988], pp. 21-22).

Prólogo

El desarrollo de los acontecimientos en los pasados meses en Irán muestra un ascenso en el ánimo y la lucha de los trabajadores y otros estratos. Este nuevo ciclo de avances hacia la revolución ocurre en el contexto de una crisis total del sistema imperialista, que en su desarrollo espiral y a saltos, pasa del reflujo al estancamiento y del estancamiento a la depresión completa.

El mundo hoy se encuentra en la antesala de una tercera guerra mundial y una nueva repartición del mundo.

En la época del imperialismo, la guerra es el resultado de la crisis, el pináculo de la crisis,

y desde el punto de vista imperialista, la única solución a la crisis. Pero la misma crisis que conduce al imperialismo hacia la guerra también, a través de una mayor intensificación de la explotación y la miseria de las masas, coloca los cimientos para las oleadas de resistencia y lucha del proletariado y pueblos oprimidos en todo el mundo. Además, la crisis intensifica, concentra y conjunta todas las contradicciones de la época presente a un nivel cualitativamente más alto, y los diferentes eslabones de la cadena imperialista se tensan al máximo, haciéndola más frágil que nunca. Así, una nueva coyuntura histórica mundial se está formando.

La revolución iraní y especialmente las brillantes perspectivas que viene dando el nuevo ciclo de acontecimientos no pueden comprenderse sino en el contexto de la situación mundial.

Hay dos factores principales que conforman las acciones y contradicciones internas de la burguesía compradora de la República Islámica. El primero son los vertiginosos preparativos de guerra de ambos bloques imperialistas, sus maniobras y contramaneobras para consolidar lo más posible sus bloques militares y desestabilizar a sus rivales, particularmente en la estratégica región del Medio Oriente y el golfo Pérsico. El segundo factor es el peso de la crisis y el desarrollo de la resistencia y lucha de las masas del pueblo en Irán. Por una parte, la República Islámica tiene ciertas libertades y limitaciones, aunque últimamente sus libertades se han restringido y han crecido sus limitaciones. Y por otra parte, hay un surgimiento de las luchas del pueblo.

Así, la sociedad iraní se precipita hacia una coyuntura a escala nacional, aunque no en la misma forma que en la Revolución de 1979 ni del surgimiento en 1981, sino en dimensiones esencialmente diferentes. Lenin al describir cómo toman forma las situaciones revolucionarias, recalcó que no sólo es que las clases bajas se nieguen a vivir como antes, sino que las clases altas no pueden gobernar como antes. Se desarrollan una crisis en la política de la clase alta y grietas en sus rangos. También agregó que ninguno de estos factores en sí da lugar a la revolución, pues sólo provocan la decadencia y la corrupción en un país, a menos que exista una clase revolucionaria capaz de transformar esta situación de desmoralización en una situación de rebelión activa e insurrección.

El ejemplo de la revolución iraní de 1979 prueba el análisis de Lenin. Los comunistas y el proletariado revolucionario no pudieron unir a la clase obrera y los oprimidos en torno a una línea revolucionaria y tomar el liderazgo. Los resultados de la revolución de 1979 causaron reacción y declinamiento, deterioro cultural e ideológico y una más feroz y ultrajante explotación y opresión.

Para los comunistas, y para la clase trabajadora y otras masas oprimidas de Irán, la coyuntura venidera planteará serios desafíos y los más grandes peligros y oportunidades. Esto se viene dando, al tiempo en que nuestro movimiento comunista se encuentra en la cúspide de una crisis ideológica, política y por supuesto organizativa. Esto es el mayor

peligro que enfrenta nuestro movimiento. ¿El ejército de los comunistas podrá enfrentar otra batalla en un estado de incertidumbre y confusión, y correr riesgo de perder toda una generación de comunistas revolucionarios? O, ¿la unidad de los comunistas y proletarios en torno a una línea correcta sentará la base para que el liderazgo comunista haga grandes avances? “...O las cadenas del esclavo sólo se sacuden o verdaderamente se rompen, o la fortaleza del viejo orden sólo se estremece o se conquistan nuevos terrenos para la causa de la emancipación, o la gente lucha a ciegas...o levanta la cabeza con los ojos puestos en el más lejano horizonte, preparada para *ganar*”. ¿El proletariado y los oprimidos serán la carne de cañón de las clases enemigas y lucharán bajo su liderazgo, con todas sus consecuencias desastrosas, o estará la dirección en las poderosas manos del proletariado y de las amplias masas oprimidas, y estarán luchando los soldados del ejército proletario por sus propios intereses?

La respuesta a estas preguntas depende de la capacidad de los comunistas para forjar una línea ideológica y política correcta, y desarrollar la unidad de los comunistas en torno a esta línea en un partido, y al ver lo que debe hacerse en una forma completa, amplia y de largo plazo, ponerse a la altura de las circunstancias para alcanzar estos objetivos.

Desarrollar tal línea, sin embargo, incluye aplicar y desarrollar los principios universales del marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsetung [Desde que la Unión de Comunistas de Irán (Sarbedarán) escribió este artículo, ha declarado que el Marxismo-Leninismo-Maoísmo es su ideología-guía. — *Nota del traductor*] para la situación particular de Irán. Esto requiere basarse en las experiencias y logros más avanzados y más importantes del proletariado internacional y a la luz de esto, sintetizar las grandiosas y valiosas experiencias de la revolución iraní, desde el principio hasta la actualidad. También incluye aplastar al revisionismo, al oportunismo, al liquidacionismo ideológico y organizativo y a todas las distorsiones revisionistas de las experiencias históricas del proletariado en el mundo y en Irán, que tienen como objetivo desviar a los comunistas y el proletariado y así establecer las bases del liderazgo único de las fuerzas burguesas sobre el movimiento.

La experiencia anterior, especialmente la que acumulamos en la coyuntura pasada, es muy importante en nuestra orientación hacia la coyuntura por venir. Así, pues, debemos sacarle las lecciones más importantes.

Presentar un resumen completo de ellas, no es el objetivo de este artículo. Más bien, nos concentraremos principalmente en el movimiento comunista y las fuerzas que se le relacionan. No tocamos el punto de las “otras” fuerzas [la burguesía nacional, los revisionistas, etc. — *UMQG*], no porque los comunistas fueran los principales responsables de la derrota y deban recibir más críticas que las otras fuerzas; no es eso. En el momento y lugar apropiados, trataremos esas fuerzas también.

Introducción

En una situación de gran fermento social y en la cúspide de una coyuntura histórica nacional del invierno de 1981 al invierno de 1982, se realizó un encuentro muy importante del Comité Central de la Unión de Comunistas Iraníes. Las decisiones que se tomaron tuvieron que ver con las tareas inmediatas del proletariado, el movimiento comunista y la UCI. Una mayoría del comité permanente votó a favor de una insurrección inmediata. Esto se consideró la tarea central y la forma principal de responder a las otras tareas y problemas de la lucha de clases (incluyendo las tareas de preparación). La minoría sostenía que el objetivo principal era la preparación de la insurrección. La posición de la mayoría prevaleció.

Sobre la base de la decisión de la mayoría del comité permanente, el trabajo avocado a esto dio comienzo. El Comité Central aprobó formalmente la decisión de tal comité a fines de junio de 1981, dándole su sello organizativo de aprobación. Así, de frente a la salvaje ofensiva de la burguesía compradora islámica, una mayoría de los líderes y miembros de nuestra organización dio una clara y aguda respuesta, a pesar del fuerte capitulacionismo y derrotismo que se había apoderado de casi todos los líderes de las autoproclamadas organizaciones “comunistas”, así como una minoría de nuestros propios dirigentes. ¡Declaramos que nunca más repetiríamos la experiencia histórica del Partido Tudeh en 1953, durante el golpe de Estado de la CIA! [El Partido Tudeh es el representante del revisionismo soviético. A pesar de tener grandes masas y fuerzas militares en ese tiempo, frente al golpe de Estado de la CIA, sus líderes decidieron rendirse y huyeron del país — *UMQG*].

La implementación de la resolución para una insurrección inmediata puso a nuestra organización en un nuevo camino. Estábamos caminando en un nuevo rumbo, desconocido no sólo para nosotros, sino para todo el movimiento comunista iraní. De hecho, el proletariado y el movimiento comunista de Irán, a través de la UCI, se echó a cuestas la responsabilidad de dirigir la revolución en condiciones muy difíciles.

Llevar a cabo esta resolución, sin embargo, nos planteaba otras preguntas claves, entre ellas: ¿Es posible que una pequeña fuerza asuma una gran responsabilidad? ¿Se puede marchar a una cruenta batalla sin la necesidad de preparativos previos? ¿Cómo es posible que una organización resuelva los problemas más inmediatos, y a la vez superar sus debilidades? Y lo más fundamental era: ¿En qué consistían los preparativos necesarios y por qué todavía no se habían llevado a cabo? Nuestra capacidad subjetiva y objetiva para responder a estas preguntas se manifestó en la insurrección del 26 de enero de 1982 en Amol [una ciudad en el norte de Irán — *UMQG*].

Las noches del 26 al 28 de enero de 1982, la ciudad de Amol fue testigo de una sangrienta batalla de las fuerzas de Sarbedarán y sus simpatizantes de las masas urbanas contra las fuerzas policíacas y militares del régimen islámico. Organizada y dirigida por la UCI, la histórica ofensiva armada fue la última gran resistencia de los revolucionarios al golpe de Estado contrarrevolucionario del régimen. Así, un período más de desarrollo

de la revolución iraní llegó a su fin y uno nuevo empezó.

El período que terminó con la batalla de Amol había empezado con el surgimiento del movimiento de masas en el invierno de 1981 y con un nuevo ascenso de la lucha revolucionaria que fue pasando a la etapa de hacer cuentas con el régimen. Las enérgicas acciones de Jomeini y su partido para reprimir y extinguir la revolución, que había comprometido seriamente la posición gubernamental, tuvieron su clímax en junio y julio de 1981. Con el golpe de Estado que dio el Partido de la República Islámica bajo la dirección de Jomeini y la implementación de una extensa política terrorista armada abierta, este período entró en una nueva fase. Jomeini tenía el objetivo de superar las divisiones y la crisis interna política del gobierno, destruir los grupos políticos revolucionarios, hacer retroceder a las masas revolucionarias, liquidar las organizaciones de masas, e imponer una atmósfera de terror, represión y asfixia. La burguesía compradora consideraba que estas medidas políticas eran necesarias para salir de su crisis. Finalmente, con la derrota de Amol, la última gran ofensiva revolucionaria, la revolución fue temporalmente derrotada. (El lugar que ocupa el Kurdistán en este proceso requiere de una discusión separada.)

Después de Amol, a pesar de cierta resistencia y ofensivas parciales, aquí y allá, la revolución entró en un reflujo, un período que consistía esencialmente de resumir las experiencias de los cinco años de intensa lucha de clases y revolución. La preparación ideológica, política, organizativa y militar tenía que empezar de nuevo.

La revolución y el movimiento de masas sufrieron una derrota temporal en manos del régimen islámico; la derrota sufrida por nuestro movimiento comunista fue grande y terrible, no sólo porque los verdugos de la burguesía compradora islámica asesinaron a miles de militantes comunistas y capturaron a decenas de miles, sino porque ésta fue la tercera de tres fuertes derrotas para los comunistas iraníes en un período breve de 5-6 años. La pérdida de China, el despliegue cualitativo de la crisis, así como las tendencias liquidacionistas y agnósticas en el movimiento comunista internacional, y en Irán el hecho de que los comunistas no jugaron su rol cualitativo en la dirección de la revolución de 1979 y no aprovecharon las oportunidades históricas posteriores para superar nuestra debilidad y nuestro seguidismo, constituyeron dos derrotas que el rugir de los años de la revolución y el crecimiento cuantitativo del movimiento comunista empujaron al segundo plano, como algo que perteneció al pasado, amargos recuerdos mejor olvidados. La historia no nos perdona por este descuido. Sin resumir, ni mínimamente, estas carencias y desviaciones del pasado, las dos derrotas nos imposibilitaron para avanzar lo más posible en esos dos años dorados, después de 1979. Estos dos años nos dejaron una rica experiencia y oportunidades equivalentes a una docena de años “normales”. Luego, cuando llegó la siguiente prueba, nos encontramos aturdidos y medio dormidos. No estábamos preparados: la lucha de clases nos presentó un gran reto. Y en los íres y venires de esos tiempos, muchos camaradas aturdidos tomaron el camino fácil del derrotismo, del capitulacionismo y traición, y de desviaciones revisionistas y

liquidacionistas, y la crisis ideológica de muchos otros se agudizó. Aquéllos de entre nosotros que estaban despiertos, pretendieron asumir nuestra misión histórica, si bien paralizados por desviaciones pasadas, a la cola de la situación objetiva, sin acumular los requisitos necesarios en fuerza y experiencia, ni hacer los preparativos suficientes. En esencia, ésta fue la razón fundamental de nuestra derrota.

El movimiento comunista sufrió una derrota. Pero la catástrofe no fue, sin embargo, la derrota misma, sino su *naturaleza*. Una gran parte del movimiento comunista, organizado en grupos pequeño burgueses, cuyos líderes se decían marxistas, fue derrotada sin siquiera luchar. Esto fue cierto, tanto para las organizaciones que liquidó la policía en ataques directos, como para los que “conservaron” sus fuerzas, a pesar de los ataques. La derrota del movimiento comunista iraní no fue por un balance desfavorable de fuerzas sino básicamente por sus desviaciones y debilidades internas. Fue una derrota ideológica y política. Ésta es la razón principal de la capitulación, la pasividad, la desmoralización, el liquidacionismo, el agnosticismo, el revisionismo y la confusión en nuestro movimiento. El daño ocasionado por la derrota ideológica y política fue mucho más mayor que el ocasionado por los ataques de la policía, el arresto de decenas de miles de comunistas y el asesinato de miles de ellos en prisión. Lo que quebrantó a los comunistas no fue la ferocidad del régimen, ni el desmantelamiento de las organizaciones, ni la pérdida de los mejores camaradas, sino más bien, enfrentar tres derrotas consecutivas, sin encontrar las causas ni sacar las lecciones de ellas.

Las preguntas que dan vueltas en la mente de los comunistas que no han encontrado un refugio en el revisionismo, el liquidacionismo o a que de plano no les importan ni quieren considerarlas, son las siguientes: ¿Por qué el ejército de los comunistas de Irán no pudo llevar a cabo ni dirigir una ofensiva de verdad para conquistar el Poder? ¿Por qué estaban los comunistas tan desarmados? ¿Por qué la Unión de Comunistas Iraníes, que surgió en respuesta a las tareas de ese período, sufrió tal derrota al punto de llegar a ser casi destruida?

Las experiencias acumuladas en el proceso de lucha a estas preguntas que enfrentamos durante junio y julio de 1981, son aportaciones para los comunistas de Irán, y de algún modo para los comunistas de todo el mundo. Son una aportación para lidiar con los problemas mencionados y forjar una correcta línea revolucionaria. Estas experiencias y logros no son propiedad privada de ninguna organización. No son trofeos ganados para presumir. Son experiencias vitales pagadas con sangre, y el avance de nuestros comunistas y trabajadores depende de resumir y sacar las lecciones de ellas.

Lo principal, ahora, al tocar el pasado no es encontrar culpables, sino ver qué se hizo, por qué se hizo y cuáles son las lecciones de aquí en adelante. La clave de hoy es quién está concentrando la síntesis de la experiencia avanzada del movimiento comunista y proletario y de las masas revolucionarias durante los años de fermento revolucionario, especialmente en esta última coyuntura, en su línea y práctica y cómo esto se está dando.

Esto debe ser el criterio para la vanguardia comunista de la clase obrera y la revolución en Irán. No puede ser nada más que esto, y no permitiremos nada más que esto.

Una vez más, la lucha de clases en nuestra sociedad le está planteando rápidamente a los comunistas de Irán las mismas preguntas que enfrentamos en este último período. Las autoproclamadas organizaciones comunistas (desde Peykar a la Unión de Comunistas Militantes o Komelah, y desde el Camino de los Trabajadores a la Minoría de los Fedayines, etc. [El Camino de los Trabajadores es una organización inspirada en el revisionismo soviético, que se formó después de 1979; fue liquidada en 1982, pero pronto los revisionistas la revivieron para servir de “nueva cara” de los partidos revisionistas, pues el Partido Tudeh y la Mayoría de los Fedayines ya estaban demasiado desenmascarados. La Unión de Comunistas Militantes, ahora llamada el Partido Comunista de Irán, se formó después de la revolución de 1979; a pesar de su declarada adhesión al marxismo-leninismo, en este grupo pesan las tendencias trotskistas y de nueva izquierda, con una fuerte veta de economismo y se opone a las enseñanzas científicas de Mao Tsetung, en particular en las ideas acerca del socialismo. Es decir, considera a la URSS como imperialista, no socialimperialista. Peykar se formó tras la escisión de los mujaidines en 1976 y tomó una posición contra el socialimperialismo soviético. Tenía una fuerte desviación economista y no reconocía la importancia cardinal de las contribuciones de Mao Tsetung — *UMQG*], han dado, una vez más, su respuesta clara a esas preguntas. Su línea política e ideológica tiene el mismo contenido, pero de diferente forma, esta vez de una forma más sistemática y obviamente decadente. En la situación de crisis y confusión en las filas del movimiento comunista, y de frente a la coyuntura que se avecina, la incapacidad para sacar lecciones marxistas del pasado, y la adhesión a viejas desviaciones en toda su amplitud y profundidad son indudablemente el más grande peligro que amenaza a nuestro movimiento comunista y al avance de la revolución. La lucha por la síntesis de las experiencias avanzadas del proletariado y otras masas revolucionarias, y la crítica y el rechazo del resumen de las experiencias revolucionarias que han hecho los revisionistas burgueses y liquidacionistas, son algunos de los aspectos importantes de la lucha por salir de la crisis y forjar una línea correcta, y así asegurar una dirección comunista proletaria para la revolución en Irán. Este artículo es el primer paso en esa dirección.

El colapso del materialismo mecánico al trazar el curso de la lucha de clases

Tal vez lo único en común entre nosotros y otras organizaciones que se dicen comunistas fue que nadie estaba preparado para la situación de 1981. Pero cuando se pregunta por qué es así, aparecen razones cualitativamente diferentes.

Contestar tales preguntas requiere de una amplia discusión e incluye escribir varios libros y artículos (labor que debe hacerse de todos modos). Pero, incluso hoy, uno puede y debe tocar los puntos principales; aquí trataremos algunos de ellos, empezando con la pregunta: “¿Por qué no se habían llevado a cabo los preparativos?”

Crisis económica, coyuntura y situación revolucionaria

Muchas de las organizaciones en el movimiento comunista de Irán comprendieron correctamente, aunque con razones diferentes, que a pesar de la composición de clase de la república islámica, el régimen se apoyó básicamente en las relaciones de clase que quedaban intactas del régimen del Cha y no fue capaz de cambiar esas relaciones. Además, el régimen de Jomeini se lanzó a reparar los daños que sufrieron esas relaciones de clases durante la lucha contra el Cha a fin de tenerlas de su lado.

“La república islámica ni quiere ni puede”, refrán famoso y muy repetido de las organizaciones políticas revolucionarias que lo sacaron en enormes volúmenes de literatura en ese tiempo. Pero lo que no se comprendió correctamente fue precisamente qué el régimen islámico quería cambiar, lo que no quería cambiar, lo que podía y no podía cambiar, y cómo. El movimiento comunista no hizo un análisis correcto de los cambios sociales, culturales y principalmente políticos en el período de la revolución de 1979, en particular después de la insurrección de enero. Es decir, nunca hubo una comprensión profunda de las libertades y necesidades en la república islámica, en comparación con las del régimen del Cha, o de los cambios en la composición de clase y así, de los cambios en el alineamiento de fuerzas de clase en general. Aún los que prestaron más atención a estos hechos, no entendieron sus implicaciones prácticas o como nosotros, llegaron a erróneas conclusiones (de derecha o de “izquierda”).

Muchos otros, en nuestro movimiento, sostenían que como la misma crisis que preparaba las bases para tumbar a la monarquía, continuaba después de la revolución y como la república islámica no había sido capaz de resolverla, las ilusiones de las masas se desvanecerían y las oleadas de lucha aparecerían ante la intensificación de la crisis. Pero este análisis aparentemente correcto, de la continuación de la crisis económica, fue una careta de los puntos de vista economistas burgueses y superficiales que dominaban las organizaciones.

Primero, muchos en el movimiento carecían hasta de una comprensión básica de las raíces de la crisis económica que preparó las condiciones para la revolución de 1979, ni hablar de un análisis correcto de su continuación en la nueva situación después de la revolución¹.

Segundo, el análisis economista “de moda” de la crisis hecho por el movimiento fue más bien una vulgar interpretación economista que una interpretación marxista. Muchos, hoy, siguen viendo la esencia de la crisis como producto del desempleo, inflación, alto costo de vida, falta de alimentos y déficit presupuestario. Naturalmente, con tales interpretaciones era y es imposible ahora entender el desarrollo de la situación.

Tercero, no se hizo un análisis serio del tremendo impacto de la revolución en el curso de la crisis económica. Parecía suficiente decir que era “básicamente” la continuación de la

“misma” crisis.

Finalmente, después de 1979, grandes cambios políticos y sociales tuvieron lugar, y no se hizo ningún esfuerzo serio para comprender las manifestaciones de la misma crisis económica en el contexto de estos cambios económicos y sociales.

Sin embargo, aparte de la interpretación errónea de la crisis económica, una desviación de mayores repercusiones fue el punto de vista económico burgués y superficial de muchos comunistas sobre la relación entre la crisis económica y la crisis social y política en una situación revolucionaria.

La base económica es *de fondo* lo decisivo en el desarrollo social, y la crisis económica es de fondo lo decisivo (y en ese mismo sentido, la base) para la existencia y continuación de la crisis política y de la situación revolucionaria. Pero esto no significa que la crisis política y la situación revolucionaria se extiendan y desarrollen *paralelas* a la crisis económica en la sociedad. En la formación de la crisis política y/o de la situación revolucionaria, los factores económicos, como el empobrecimiento y miseria de las masas, desempleo, etc., juegan un papel, como muchos otros factores, pero no son necesariamente los más decisivos o importantes. La crisis económica impulsa la crisis en la arena social y política y sin ésta, la espera de una explosión social es estúpida. (Por explosión no sólo se entiende una insurrección armada urbana.) Pero la crisis económica en sí no es el factor más importante en el estallido de las masas. Un análisis de la situación política a partir de solamente factores económicos lleva a desarrollar una línea economista; observar así la lucha de clases es el colmo de la estupidez. Esto es el meollo del materialismo mecánico. Desgraciadamente, muchos han sostenido este punto de vista, y siguen haciéndolo.

Esta visión sale a relucir cuando se explica cómo cobra forma una situación revolucionaria. Contrariamente a los conceptos gradualistas y mecánicos, el curso del desarrollo de los fenómenos no va en línea recta ni es la acumulación gradual de factores y contradicciones. Más que nada, el curso de los acontecimientos es sinuoso y lleno de saltos. Tiene lugar a través de la lucha de las contradicciones y el movimiento en espiral, marcado por pausas. El desarrollo de las coyunturas y situaciones revolucionarias no es una excepción a esta regla general de la dialéctica. Como la contradicción fundamental de la sociedad en su base económica se intensifica cualitativamente y se desarrolla una vasta crisis económica, todas las contradicciones sociales que surjan de la contradicción fundamental o que entren en el proceso también se agudizan y se vuelven cualitativamente más activas al influenciar a cada una de las otras. Así, todas las contradicciones de la sociedad aumentan su interconexión. Esta intensificación e interconexión de las contradicciones las hace más frágiles ante la presión social. Bajo ciertas condiciones, la coyuntura cobra forma y se sientan las bases para una importante ruptura en cadena, como la acción y reacción, convulsionando en todos los órdenes la vida social. Una sola chispa puede incendiar toda la pradera. Por esta razón, el punto de

partida de un período revolucionario puede ser una batalla, un choque o una fricción, en un nivel secundario.

La sociedad no entra en una situación revolucionaria en línea recta o en forma gradual, sino le entra a saltos. Bajo ciertas circunstancias, hasta la oposición más pacífica de los estratos más reaccionarios de liberales contra el régimen puede ser una chispa para la insurrección de las masas, cuando la lucha salta a un nivel más alto.

Todas las debilidades y desviaciones mencionadas, y otras desviaciones que discutiremos después, impidieron que una gran parte del movimiento comunista de Irán comprendiera la importancia de las contradicciones y acontecimientos antes de 1981. Ni se comprendió que los acontecimientos del 5 de marzo de 1981 iniciaron una nueva fase cualitativa [El 5 de marzo de 1981 Bani Sadr llamó a una reunión para conmemorar a Mosaddeq. Decenas de miles se reunieron en la Universidad de Teherán para oír la crítica liberal del entonces presidente del Partido de la República Islámica (PRI), Bani Sadr. La pacífica reunión se tornó en una heroica manifestación callejera contra los defensores de la República Islámica, y las propias masas enardecidas quemaron las oficinas del PRI — *UMQG*].

En otras palabras, muchos comunistas fueron incapaces de captar que la lucha revolucionaria era de un nivel cualitativo mucho mayor, durante el período de los acontecimientos del 5 de marzo y además tampoco vieron la profundidad y amplitud del movimiento de masas del invierno y la primavera de 1981.

¿Cómo pudo ser la conmemoración de un liberal por otro (Mosaddeq por Bani Sadr) la chispa para prender un salto en la lucha de clases? ¿Cómo pudo elevar el nivel del movimiento de masas? Muchos comunistas no tenían la capacidad teórica para captar esto. De hecho, su concepción del mundo limitó tal capacidad. “Esto ya no es lucha de clases ‘real’. Las masas caen en engaños”. Tal era la reacción de algunos camaradas ante el nuevo surgimiento en la lucha. Lo que reforzaba esta idea era que al comienzo las luchas de las masas se libraron para apoyar a Bani Sadr, y en contra del Partido de la República Islámica y, precisamente por las desviaciones y debilidades de los comunistas, continuaron así hasta el período poco después del 20 de junio.

Como se dijo antes, la visión economista y mecánica de muchos comunistas, en particular al analizar el proceso del desarrollo de la crisis económica en la situación política y social cambiante, el desarrollo de la lucha de clases, y la manera en que la crisis política y la situación revolucionaria tomaban forma, los dejó al margen y no pudieron captar que la intensidad de la situación creó las condiciones para que la sociedad entrara en una situación revolucionaria, impulsada por la conmemoración de Mosaddeq por Bani Sadr. Lo que incendió la chispa no fue el derramamiento de sangre en una manifestación obrera por demandas económicas.

Lo mismo es cierto, incluso hoy. La república islámica, en un constante estado de

represión, supresión, terror y asfixia, ha llevado a cabo múltiples horrores y hasta la fecha continúa haciéndolo. No hay un solo día en que no se libre en alguna comunidad o fábrica una lucha por mejoras económicas, y no hay mes en que el régimen no reprima estas demandas violentamente. En unos cuantos meses, bajo las mismas condiciones, los partidos de fútbol presenciaron dos violentas manifestaciones, con consignas contra Jomeini. Parece contradictorio que aunque el régimen reprimió o reprime hoy a los obreros o jóvenes que luchan en sus comunidades o fábricas por mejoras económicas relacionadas a su vida cotidiana, éstos todavía no han intensificado la lucha en manifestaciones callejeras y consignas políticas contra el gobierno, y que la misma gente en un estadio de fútbol, por algo mucho menos importante, se vuelca a las calles gritando principalmente “Abajo Jomeini” y chocando con los Pasdarán [Fuerzas armadas que el régimen organizó por todo el país, de grupos sociales atrasados de su base social, para proteger su poder contra el pueblo]. Bueno, esta “contradicción” proviene del mundo real. Ésta es la verdad en la lucha de clases. Quizá, si la chispa que inició el movimiento de masas fue la contradicción entre Bani Sadr y sus amigos contra Jomeini y el PRI, la próxima vez sea la contradicción ¡entre el Sr. John Fada y los partidarios de la policía Perse!] La policía Perse es un equipo de fútbol y el Sr. John Fada es el presidente del Comité de Fútbol de Teherán — *UMQG*].

El desarrollo de la coyuntura creó un terreno favorable para el incremento de la situación revolucionaria. En muchas ocasiones la intensificación de las diferencias en la clase dominante (como las fuerzas burguesas en el gobierno) ha prendido la chispa del incendio social. Esto se debe, en parte, a que la agudización de las contradicciones en la clase dominante se refleja en las divisiones en las filas de la clase dominante y entre la clase dominante y los estratos superiores. Tales divisiones son algunos de los principales factores que moldean la situación revolucionaria.

Por otra parte, cuando la intensificación de las contradicciones en la clase dominante sirve de chispa que incendia la pradera, el movimiento de masas puede, por un tiempo corto, apoyar a una u otra fuerza burguesa y moverse bajo su liderato. Esto muestra la influencia ideológica, política y social que tiene la clase dominante, en las masas. Muchas veces, a través de algunas de sus acciones, empujan a las masas a la vida política y a la lucha (naturalmente bajo sus propias políticas y banderas).

Pero si las masas no echan a un lado su influencia y liderato inicial, esto se transforma en un obstáculo serio y a veces decisivo para el desarrollo del movimiento de masas, que puede sofocarlo (por ejemplo, durante la primavera de 1981).

Sin embargo, esta influencia no desaparecerá por sí misma. Las demandas y expectativas de las masas en estos movimientos son esencialmente diferentes a las de los líderes burgueses. Así que el movimiento de masas crea la *base material* para hacer a un lado el liderazgo no proletario y generar el liderato comunista. Pero este “cambio” de liderato no puede darse en forma espontánea, y requiere el esfuerzo propio de los comunistas. Salvo

las erupciones aquí y allá, el control o el desencadenamiento del radicalismo político de los obreros y oprimidos depende de las políticas y formas de lucha que impulsen sus líderes. Sólo los líderes comunistas pueden desatar el radicalismo y la resolución del movimiento de los oprimidos, hasta sus últimas consecuencias. Y los “comunistas” que acusan a las masas de inactividad e ignoran los levantamientos actuales y los llaman ilusiones, son incapaces de hacer a un lado las *verdaderas ilusiones* de las masas y darles una dirección proletaria.

Además, la experiencia, el nivel de conciencia política y el grado de organización del proletariado y de los oprimidos influyen mucho en si las luchas de los oprimidos o las “luchas” de las clases dominantes van a encender la chispa. Esto puede lograrse esencialmente a través de las fuerzas e influencia de la vanguardia comunista en las masas, así como de su agudeza y capacidad para actuar rápidamente. En otras palabras, si los comunistas no ven la lucha de clases desde el estrecho marco del economismo, ni como demandas de los obreros y oprimidos contra la burguesía por mejores condiciones de vida y si no son observadores pasivos de la lucha de clases en la sociedad, entonces serán capaces en cierta medida de dirigir y desviar las chispas de lucha de la espontaneidad hacia un camino consciente. (Sin embargo, considerando la naturaleza de las contradicciones sociales y el papel del partido comunista en la lucha de clases, es imposible mantener al genio de tal lucha en la botella.)

Por otra parte, contraria la estrecha visión economista, de ninguna manera debemos ignorar las luchas espontáneas o de naturaleza secundaria. Razonamientos como “estas luchas no fueron planeadas ni conscientes”, “éstos son asuntos de otras clases” y conclusiones como “esto no nos incumbe, haremos nuestro propio trabajo ‘de clase’ en forma independiente”, etc., no son más que tonterías economistas.

En esencia, tales razonamientos socavan el papel de los comunistas, reduciendo el liderazgo comunista a las luchas sindical y económica de los obreros, y niegan la dirección ideológica y política del proletariado y su partido en la lucha de clases. El liderazgo político de la clase obrera necesita que todos los obreros avanzados y las amplias masas de la clase obrera tengan una comprensión general de todos los aspectos que pasen en la lucha política en todos los estratos de la sociedad. Pero como todo conocimiento, no se adquiere a través de simples observaciones ni explicaciones de los procesos y fenómenos sino que se adquieren a través de una lucha activa para transformarlos.

Así, para el proletariado y su partido comunista, ni siquiera es posible entrenar y dirigir políticamente a la clase misma, sin tener en cuenta todos los aspectos de la lucha política actual en la sociedad, *desde el punto de vista de los intereses proletarios*, y sin esforzarse para transformar estas luchas. De esta manera, la vanguardia proletaria no sólo eleva sus conocimientos y por lo tanto los de la clase como un todo, de las relaciones entre ésta y otras clases en la sociedad, sino de aún más importancia, desarrolla la capacidad para

elevante a sí misma al nivel de líder de *todo el movimiento revolucionario de las masas*. Por ende, el partido puede reunir las diversas corrientes de lucha política y de clase y unificarlas bajo su liderazgo revolucionario. Es a partir de esta perspectiva que los comunistas *tienen* que prestar atención a la lucha de clases en toda la sociedad, incluso las luchas más particulares, incluso en los estratos superiores y en las arenas de lucha menos importantes, no sólo como entrenamiento político del proletariado sino para llevar la máxima ventaja en tales luchas a fin de profundizar todas las luchas que ocurren en la sociedad, y en pos de los intereses del proletariado, para ejercer su liderazgo en las luchas de las masas por venir².

El desarrollo en espiral de la historia y la absoluta pobreza de una visión del desarrollo en línea recta

Otro factor que contribuyó a que los acontecimientos de 1981 sorprendieran a muchas de las llamadas organizaciones comunistas, fue la tendencia a ver la revolución y su desarrollo como una confrontación entre dos ejércitos separados, uno contra el otro, frente a frente, y para colmo, a tener la visión de que las fuerzas de la revolución las conforman la gran mayoría del pueblo. Relacionado con esto, vieron la revolución de 1979 sólo en el sentido clásico, i.e., vieron el desarrollo de la historia y la revolución como un proceso cíclico, circular, más o menos como una repetición de sucesos anteriores. Ésta es una de las principales razones de por qué estas organizaciones no pudieron captar la importancia del movimiento de masas en el invierno de 1980 y la primavera de 1981.

Primero, la repetición de los acontecimientos pasados sería un caso excepcional. Por ejemplo, desde 1979, la arena internacional en la que los hechos en Irán se desarrollaban ha cambiado considerablemente. Irán mismo ha pasado por diversos cambios. Los jugadores adquirieron nueva experiencia y se conocen más, y algunos hasta cambiaron de bando³.

Segundo, la naturaleza de clase de los líderes de la revolución fue uno de los factores que jugaron un papel en la manera en que el régimen monárquico fue derrocado y en la ausencia de un auténtico liderazgo proletario, influyó en forma decisiva para alinear las fuerzas de clase y en el desarrollo posterior de la revolución. En otras palabras, bajo el mando comunista o aún con presencia de un potente polo proletario, el alineamiento de las fuerzas de clase experimenta cambios considerables, lo que afecta el curso de los posteriores avances revolucionarios.

De hecho, las autoproclamadas organizaciones comunistas que en 1981 esperaban (y hoy todavía esperan) que los hechos de 1979 se repitieran, no sólo se desarmaron a sí mismos, al proletariado y a todos los oprimidos, sino revelaron la esencia no proletaria de su línea política e ideológica y de su plan para conquistar el Poder.

Y cuando algunas de estas organizaciones (como Peykar, la Unión de Comunistas Militantes, etc.) intentaron diseñar una perspectiva más precisa, llegaron hasta pensar que se repetiría una revolución como la de Octubre de 1917 y a lo mejor habría un cambio del orden de los sucesos de 1978-1979. Por ejemplo, si en el momento en que Jomeini era el líder, primero la pequeña burguesía se tomó las calles, luego el proletariado se fue a la huelga y por último ocurrió la insurrección, esta vez según la visión de algunas de las llamadas organizaciones comunistas, ¡primero los obreros se irían a la huelga, luego se volcarían a las calles y por último, la insurrección! Ya que al inicio la clase obrera no declara huelgas políticas, hay que dar el primer paso de organizar amplias luchas económicas. Y como aún hay crisis económica, estas organizaciones se atreven a decir que hay bases materiales para dar ese primer paso y pasar a una lucha económica en todo el país que finalmente conducirá a la huelga política⁴.

Pero como la lucha de clases se agudizó, la diferencia entre la realidad y el idealismo subjetivo de estas fuerzas se profundizó y esto aumentó su confusión. Finalmente, los acontecimientos de junio y julio de 1981, especialmente los del 20 de junio, dieron el golpe decisivo a su subjetivismo. La lucha de clases no siguió su círculo predeterminado: ¡El 20 de junio y los acontecimientos que le siguieron no “deberían” suceder así! El “ciclo” se interrumpió. Tuvieron que explicar por qué la realidad no correspondía a su predicción. Las primeras explicaciones de los líderes de esas organizaciones, desde Peykar hasta la Minoría de los Fedayines y la Unión de Comunistas Militantes, fueron interesantes, pero dolorosas, pues dejaron más desarmadas a sus fuerzas. Sus conclusiones: los acontecimientos después del 20 de junio de 1981 no fueron más que una repetición de los del 18 de agosto de 1979 [La República Islámica dio la orden de ataque militar al Kurdistán, que en ese entonces estaba bajo el control de las fuerzas revolucionarias, los militantes kurdos y las organizaciones de masas. También se lanzaron violentos ataques contra la prensa libre y la prensa revolucionaria y contra las sedes de diversas organizaciones revolucionarias y progresistas — *UMQG*], sólo que más violentos. Supuestamente, esto también ocurriría como en el pasado y la sociedad retornaría a lo predicho. Pero esto se parece más a alguien que camina en la oscuridad y que silbando espera superar su miedo.

Las dos semanas después del 20 de junio de 1981 fueron suficientes para probar la bancarrota de su análisis. Antes de estos acontecimientos, tales organizaciones no pudieron apreciar el gran potencial revolucionario del movimiento de masas, ni intentaron desencadenarlo. Ahora, después del golpe de Estado, cuando las formas previas de lucha ya no funcionaron, y para desatar la capacidad de lucha de las masas revolucionarias, se tendría que proponer nuevas políticas, tácticas y formas de lucha, tales organizaciones no vieron el potencial de las masas revolucionarias. Lo único que sí vieron fueron las fuerzas activas y violentas de la reacción y la base que movilizaba.

Así, los dirigentes de estas organizaciones que se proclamaban comunistas y revolucionarias empezaron a manifestar, una tras otra, tonterías revisionistas, derrotistas,

pasivas, liquidacionistas y reaccionarias. Peykar llevó adelante un plan que preparase la insurrección armada de las masas, mientras advertía contra el “aventurerismo”. La Minoría de los Fedayines trató de encubrir su pasividad, primero insistiendo en los “escuadrones de lucha” y luego con la formación de “comités de trabajadores insurrectos”. El grupo Camino de los Trabajadores hizo un llamamiento para “una retirada y esconderse en las masas”. La Unión de Comunistas Militantes siguió un camino más seguro, rodeándose del “movimiento obrero puro” y formando “consejos obreros reales”, e ignoró lo que pasaba en la sociedad. Muchos de los “grupos menores” también decían: “esto o aquello debe hacerse, pero desgraciadamente no tenemos las fuerzas para llevarlo a cabo”.

Por supuesto, si tomamos en cuenta la profundidad de las desviaciones que prevalecía en el movimiento comunista en ese entonces, tal situación no era sorprendente. De hecho, con ese salto en la lucha de clases en junio de 1981, muchos comunistas, especialmente los dirigentes, en vez de corregir su línea política, se aferraron a sus errores y dieron un salto *cualitativo* atrás, hacia el revisionismo y el liquidacionismo.

En un sentido trágico, “ni uno ni otro quería ni podía hacerlo” era la verdadera situación de estos grupos, con respecto a la dirección comunista de la revolución. Con un repaso, se puede ver que una gran parte de las fuerzas en el movimiento comunista tenían un punto de vista mecánico, en línea recta, gradualista, del desarrollo de la revolución y la lucha de clases y una visión estrecha y economista de las tareas de los comunistas y proletarios en la revolución. No pudieron ver los zigzagueos, vuelcos ni que se acercaba la batalla decisiva; ni siquiera pudieron prepararse a sí mismos, a la clase obrera ni a las masas para el enfrentamiento decisivo a la contrarrevolución. Dejaron a las masas a merced de la dirección de los liberales y los mujaidines. Debido a las mismas desviaciones, no fueron capaces de asumir ni llevar a término sus tareas en una situación que, *a pesar de* la falta de preparación, *a pesar de* estar rezagados en esta muy difícil situación, *requería* de auténticos comunistas para marchar a la cabeza de las masas y mostrar el camino de la revolución.

El resultado fue que por una parte, las masas populares, sin un liderato comunista, perdieron la capacidad de prepararse para la batalla. Bajo el liderato de los liberales y los mujaidines, desgastaron sus energías. Tuvieron que dejar el escenario político y sufrieron una derrota temporal. Por otra parte, muchos de los comunistas de estas organizaciones, confundidos, desarmados e incapaces de dirigir la revolución, se desmoralizaron. Los carniceros del régimen burgués comprador islámico arrestaron y ejecutaron a grupo tras grupo. Así, el movimiento comunista sufrió una gran derrota⁵.

Desorientación ideológica y nuestras desviaciones

En nuestro caso, el problema es cualitativamente diferente. En el fondo, nuestra visión no fue gradualista. No tendíamos a observar el desarrollo de la lucha de clases como cíclica

o en línea recta. Sabíamos cómo se formaba una coyuntura (veíamos venir la revolución de 1979). También preveíamos la coyuntura que empezaba a tomar forma en el invierno de 1981.

Lo que nos alejó de la justeza de nuestra línea fue nuestro eclecticismo en cuanto al marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsetung, especialmente nuestra tendencia centrista acerca de Mao. En otras palabras, aunque las raíces y motivos de nuestra falta de preparación también deben buscarse en la crisis ideológica de nuestra organización, nuestras diferencias fundamentales con los demás, como Mobarezín, Mobarezán y Peykar, eran que éstos consolidaron su liquidacionismo ideológico mucho antes de los sucesos de 1981. Nosotros, no. En las vueltas y revueltas de 1981, sólo fue una minoría de nuestra organización la que se aferró a sus pasadas desviaciones, llevándolas a un nivel cualitativamente diferente, a un revisionismo que básicamente tenía las mismas peculiaridades de la línea de Peykar.

Veamos algunas de las raíces de la crisis en el contexto del segundo congreso de la UCI que se celebró en marzo de 1979. Este congreso fijó el programa básico de nuestra organización, hasta la primavera de 1981⁶.

La muerte de Mao Tsetung, el golpe de Estado de la burguesía china y la Teoría de los Tres Mundos que formularon los revisionistas chinos como estrategia para el movimiento comunista internacional y el proletariado mundial, dieron lugar a una aguda lucha entre los apologistas y los opositores de esta teoría en el seno de nuestra organización. Después de un año de lucha y de que una mayoría de nuestra organización mantuvo decididamente una posición contraria a esta teoría, la mayoría de los representantes presentes en el primer congreso de la UCI (primavera de 1978) confirmaron su oposición a tal teoría. Esto se publicó en unos artículos en *Haghighat*, con el título “Sobre la Teoría de los Tres Mundos”, que aún en la actualidad es la crítica más sistemática a esta teoría en el movimiento comunista iraní.

Aunque este documento fue un logro para nosotros y el movimiento comunista iraní, tiene una debilidad fundamental. A pesar de que se basa, *correctamente*, en la línea del movimiento comunista internacional hasta ese punto y rechaza el abierto liquidacionismo que aún en esos días constituía una fuerte corriente en el movimiento comunista internacional, no fuimos capaces de profundizar nuestra crítica y generalizarla para comprender las raíces históricas del surgimiento de “La Teoría de los Tres Mundos” en el movimiento comunista internacional. De hecho, nuestra crítica a esta teoría se basó *totalmente* en la línea del movimiento comunista internacional, sin haber criticado las desviaciones de éste. En otras palabras, criticamos esa teoría *basándonos* en las formulaciones del Séptimo Congreso de la Comintern y los puntos de vista del gobierno socialista soviético en el período de lucha antifascista.

Nuestra crítica a dicha teoría se inclinó hacia una visión dogmática de la historia del

movimiento comunista internacional. El método de nuestra crítica no tuvo suficiente dialéctica para analizar las raíces de esta teoría en el movimiento comunista internacional y desarrollar el marxismo en el proceso. Y como pasa en todos los períodos de derrota y/o surgimiento de desviaciones, o se desarrolla el marxismo o se fortalecen el liquidacionismo (tanto el revisionismo como el liquidacionismo de la organización “Consejo Unido de la Izquierda” [Una tendencia “marxistoide” liberal burguesa que se formó antes del reaccionario golpe de Estado de Jomeini, que negaba las enseñanzas leninistas sobre el partido y el partidismo de clase]) y el dogmatismo. Como es sabido, el dogmatismo es un preludio del surgimiento del revisionismo y liquidacionismo.

El problema fue que el contenido de nuestro análisis de la Teoría de los Tres Mundos, nuestra defensa incondicional de todas las posiciones de la Comintern y de la URSS, y nuestro análisis acrítico hacia la historia del movimiento comunista internacional, *debilitaron nuestra firme defensa del pensamiento Mao Tsetung*. Mao mismo encabezó rupturas decisivas con muchas desviaciones básicas en la línea de la Comintern. Y el pensamiento Mao Tsetung no es sino el desarrollo creativo del marxismo-leninismo, inclusive en la feroz lucha antirrevisionista y la lucha por resumir la experiencia histórica de la dictadura del proletariado en la URSS, el enfrentamiento con las desviaciones economistas de la Comintern, y la defensa de varios principios y veredictos leninistas (especialmente sobre el papel del partido y la conciencia de clase, y el rechazo de la pleitesía a la espontaneidad), de los cuales la Comintern se desvió⁷.

Los ataques renegados y revisionistas de Enver Hoxha y el Partido de Trabajo de Albania a Mao y su pensamiento reforzaron nuestra debilidad en relación al pensamiento Mao Tsetung. Nuestro centrismo entre Mao Tsetung y Enver Hoxha fue en realidad centrismo entre marxismo y revisionismo.

Desde este momento se empezó a formar una tendencia centrista y agnóstica y luego, una tendencia liquidacionista (su aspecto ideológico) en nuestra organización. Además, especialmente en el caso de los comunistas de los países oprimidos, este centrismo surge directamente de tendencias nacionalistas y democrático burguesas o prepara el terreno para caer en ellas. Nosotros no éramos la excepción a la regla. El centrismo quiere decir quedarse entre el marxismo (la *única* ideología del proletariado *mundial*) y el revisionismo (la ideología burguesa disfrazada de marxismo), quedarse entre el proletariado mundial y la burguesía (tanto la “nuestra” como las otras), y entre el internacionalismo, y el nacionalismo y la democracia burguesa.

Nuestro centrismo dio lugar a unas tendencias nacionalistas en nuestras filas (en especial la de ver todo sólo en el estrecho marco de la lucha de clases en nuestra “propia” sociedad y entre nuestro “propio” proletariado y sus enemigos, que es en sí una tendencia nacionalista), y a alejarnos de la ideología proletaria, i.e., del internacionalismo proletario. La misión histórico-mundial del proletariado como una *única clase mundial* que lucha por un único objetivo, más y más dejó de orientar nuestra línea política.

Además, la inmensa dificultad de responder a los problemas e interrogantes del movimiento comunista internacional, el gran rezago de nuestros comunistas en el trabajo político, sin una amplia base de masas en la lucha de clases, la necesidad para superar de inmediato este rezago y las debilidades cuantitativas y la tendencia a concentrar todas nuestras fuerzas en esta dirección y, finalmente, la presión de la situación objetiva (situación revolucionaria), crearon las condiciones en que dejamos de atender las interrogantes ideológicas en el movimiento comunista internacional.

En resumen, nuestra organización llevó a cabo este importante congreso, poco después de la insurrección de 1979, *en una situación de crisis ideológica y de desorientación estratégica*.

Otro factor importante que alimentó la crisis en nuestras filas fue que no jugamos un papel de importancia *cualitativa* en la revolución de 1979. Muchas de las otras fuerzas del movimiento comunista no vieron venir la revolución y no pudieron jugar un papel de importancia cualitativa en ella (por supuesto que ésta no fue ni la *única* ni siquiera la razón *fundamental* de por qué no le entraron). Este error debió haberlas alertado para hacer una seria autocrítica y volver a analizar su programa y línea política. Pero en nuestro caso, se manifestó el problema de forma más aguda:

Nosotros sí vimos que se avecinaba la revolución. En esta conexión, éramos lo más avanzado de las fuerzas comunistas, de hecho de todo el movimiento revolucionario. Pero a pesar de eso, no fuimos capaces de jugar un papel cualitativo en la revolución. Este hecho fue una pesada carga en nuestro ánimo y fortaleció el agnosticismo en nuestras filas con relación a nuestras posiciones del pasado. Al analizar nuestras posiciones y trabajo anteriores, fuimos incapaces de encontrar las raíces de nuestras desviaciones, por una crisis ideológica interna. En este caso, las conclusiones del primer consejo de la UCI no sólo fueron poco convincentes sino terminaron en una mayor confusión. Así, pusimos en tela de juicio todas nuestras posiciones, experiencias y puntos de vista del pasado, correctos e incorrectos, en forma oficial y no oficial. Finalmente, el tercer factor importante que agravó nuestras desviaciones después de febrero de 1979, fue la vieja desviación obstinada del movimiento comunista internacional (en sus formas de derecha y de “izquierda”) en relación a la actitud política hacia los gobernantes de sectores vacilantes. Esta desviación, especialmente en su forma de derecha, que siguió la posición predominante de la mayoría de los representantes del Séptimo Congreso de la Comintern, tendió a hacer que la labor estratégica de la clase obrera internacional se subordinara a defender a los gobernantes de esas clases vacilantes contra el imperialismo y la reacción para “preservar” su naturaleza progresista. En el pasado, algunos aspectos de esta desviación se expresaron en nuestras actitudes hacia gobernantes de países como Argelia, Libia y Egipto. Y ahora, esta desviación afectó directamente nuestra actitud hacia “nuestros” gobernantes de las clases vacilantes, es decir, si se podía considerar al propio Jomeini como representante de esas “fuerzas vacilantes”.

Como dijimos, nuestra desorientación ideológica y nuestras inclinaciones centristas abrieron el camino a las tendencias nacionalistas y democrático burguesas. Un resultado importante, surgido de esta desviación, fue la tendencia a absolutizar nuestra perspectiva de la revolución en su fase democrática, que nos hizo sobreestimar el papel y potencial de las clases no proletarias y que tendía a hacer de esta fase democrática de la revolución un fin en sí. Las consecuencias de esta concepción mecánica y absolutista de las revoluciones democrática y socialista, nos llevaron a menospreciar el papel y el lugar cualitativo de la clase obrera en la fase democrática de la revolución.

Estas desviaciones fomentaron ideas erróneas sobre el papel potencial de las clases no proletarias y redujeron la importancia del papel del proletariado en la revolución y el de la conciencia comunista. Esta última desviación abrió las puertas al economismo político o ir a la cola de la espontaneidad de las masas y, como todo movimiento espontáneo de masas está necesariamente bajo una dirección política no proletaria, significó ir a la cola de los estratos y clases no proletarios. Brevemente, todas las desviaciones ideológicas anteriores en nuestro programa y línea política generaron las tendencias economistas y democrático burguesas en nuestras filas. Un resultado práctico general de esto fue que perdimos nuestra perspectiva estratégica y seguimos a la zaga del movimiento espontáneo. Y algo más importante fue que despreciamos la posibilidad de preparar al proletariado para conquistar el Poder en ese período⁸.

Sin duda alguna, ninguna de las llamadas organizaciones comunistas tuvo un papel más avanzado en la organización y dirección de la clase obrera, que la UCI en el invierno y primavera de 1981. En este período, organizamos decenas y hasta cientos de huelgas, manifestaciones y ataques de masas contra el régimen, en muchas partes del país. Algunas de estas manifestaciones reunieron a miles de personas. Pero a pesar de nuestro resuelto papel de radicalizar a los obreros y al movimiento de masas hasta el fin de la primavera de 1981, las desviaciones políticas a las que nos referimos, impidieron que alejáramos a estos movimientos políticos de la línea política general y de las formas de lucha impuestas por los líderes liberales y mujaidines.

Retraso histórico

A fines de junio, *Haghigat* hizo un llamado a los trabajadores y a la juventud revolucionaria para formar grupos de 20 a 30 miembros en las fábricas y las comunidades, como organizaciones necesarias para dirigir la insurrección final. También, antes de que se diera esta iniciativa, la organización dio directivas precisas para intensificar su agitación y actividad en fábricas y comunidades, esforzarse para organizar y dirigir huelgas y manifestaciones públicas, guiar y radicalizar protestas espontáneas y huelgas de forma más sistemática, y elevarlas a formas de órganos de masas de acuerdo con las necesidades de la agudización de la lucha de clases. De hecho, este llamamiento llevaba en sí un deslinde de la línea economista y se emprendió una nueva iniciativa revolucionaria en que los comunistas hacían trabajo de organización independiente (tanto

en el sentido político como en el organizativo) en las movilizaciones y protestas de las masas. Un resultado de estas iniciativas revolucionarias fue, por ejemplo, que una movilización de masas en el distrito de Fallah en Teherán se convirtió en un decidido ataque y requisita de armas a un destacamento militar de los Pasdarán del régimen y a la sede del comité local. Sin embargo, en este período, estos ejemplos fueron una excepción, porque cada cambio brusco del programa político y organizativo *siempre* trae consigo un grado *relativo* de desorganización que conduce, naturalmente, a la incapacidad *relativa* en la implementación general del programa en el período de transición. Acortar este período y reducir la relativa incapacidad para llevar a cabo la línea organizativa y política depende más que nada, del grado de unificación política y capacidad subjetiva de los dirigentes y de las masas de la organización al frente de la nueva situación y así, también depende de la experiencia que la organización ha acumulado en la realización de sus tareas y diferentes formas de lucha. En ese tiempo, al enfrentar las nuevas políticas, nuestros cuadros no pudieron llevar adelante con facilidad esta línea; y lo que generó esta incapacidad relativa en esos momentos no fue una desviación, sino el hecho de que nuestra organización no estaba preparada, conscientemente, de antemano. No habíamos visto claramente los cambios políticos y en particular, nuestro propio papel y responsabilidad. Además, nuestra organización, por varias razones, entre ellas, nuestras desviaciones anteriores (si bien no sólo éstas)⁹, no había podido acumular suficiente experiencia en diferentes formas de lucha y de movilizaciones de masas. Un factor secundario fue que nuestras pasadas desviaciones, o sea, los inicios del economismo y el revisionismo, ejercían sus efectos en sectores diferentes de la dirección y de las filas de nuestra organización.

Estas desviaciones se volvieron una tendencia fuerte e impidieron que superáramos nuestro retraso de las tareas pendientes. Los rápidos vuelcos, cambios e intensificación cualitativa de la lucha de clases, en especial durante junio y julio de 1981, empujaron a muchos dirigentes de las llamadas organizaciones comunistas y a una minoría de nuestra organización al revisionismo y al derrotismo. En ese tenso período de la crisis, se dieron dos saltos en nuestra organización. Una mayoría de los dirigentes, cuadros y miembros iniciaron la ruptura con esas desviaciones del pasado y dieron un paso adelante. Pero al mismo tiempo, una minoría de la dirección y militancia sistematizó esas desviaciones y deficiencias, que conducían al economismo burgués y al revisionismo, similar al de Peykar. Obviamente, esto tuvo un serio efecto en nuestra capacidad de concretar el programa.

Finalmente, el otro problema importante que contribuyó a desarmarnos para llevar a cabo las nuevas directivas, fue el hecho de que éstas llegaron tarde. El golpe de Estado ya estaba en marcha y dio un salto con la represión de las manifestaciones del 20 de junio y el comienzo de las ejecuciones.... Esta situación nos exigió nuevas necesidades *tácticas*. Por lo tanto, debimos abandonar las viejas directrices y desarrollar nuevas, cosa que finalmente se hizo. (Hablaemos más de esto después.) Pero el momento indicado para llevar a cabo estas nuevas directrices fue en el invierno de 1981, pues esas directrices

fueron un aspecto muy importante de la preparación para la conquista del Poder, en ese período.

Ahora, es necesario examinar qué labor de preparación debió darse en ese período.

Acumulando fuerzas para las batallas decisivas

La clave para entender las tareas de preparación para conquistar el Poder, está en acelerar los acontecimientos, mientras se espera el momento decisivo para el avance (tanto los avances parciales como el avance final). ¿Qué debe acelerarse y cómo, qué formas organizativas de lucha son necesarias y cuándo es el momento propicio para avanzar y cómo hacerlo? Todo esto se decide teniendo un exacto conocimiento del desarrollo de la lucha de clases en cada período y fundamentalmente, la línea política e ideológica lo decide todo.

Conocer las diversas esferas de la lucha social y de clases, y su participación activa en las acciones más trascendentales, realza las experiencias del partido y además, desarrolla su capacidad para dirigir diversas luchas. El partido también debe educar políticamente a las masas en general y a los avanzados en particular, identificando a los avanzados en las diferentes esferas de combate, esforzándose para reclutarlos, educarlos, elevarlos y organizarlos en el partido o las organizaciones bajo el liderato del partido. Finalmente, todas las luchas en la sociedad deben reunirse en un solo y único proceso y elevar su nivel político bajo el liderato del partido. En ese sentido, el partido debe acumular todas las fuerzas necesarias para las batallas decisivas en la conquista del Poder. Éstos son unos de los principales deberes de los comunistas¹⁰.

Al contrario de las ilusiones de las organizaciones pequeño burguesas y burguesas que se fingen comunistas, la preparación no solamente significa realizar lentos trabajos políticos o técnicos (como la labor pedagógica en el seno de las masas). Y, no es sólo la preparación “interna” de las fuerzas organizadas existentes. Y la “aceleración” tampoco significa el combate de un buen número de vanguardias, separadas de las masas, por medio del terror o de acciones armadas centralizadas (dentro o fuera de las ciudades). La primera es una forma gradualista y economista (y pedagógica) en que los preparativos pueden conducir a deformaciones más complicadas de economismo armado, mientras la segunda forma tiene un enfoque foquista, castrista del papel de los comunistas en la aceleración del desarrollo de la lucha de clases. En diferentes períodos, la labor preparativa también podría incluir una labor organizativa gradual y aún actividades educativas y culturales. Pero esta preparación no está ni confinada a eso ni principalmente significa esta clase de labor gradual, especialmente en países dominados por el imperialismo, entre ellos Irán, donde la lucha armada y la guerra revolucionaria es un componente importante y a veces la principal parte en los preparativos para conquistar el Poder en todo el país.

La labor preparativa necesaria en todo el período de febrero de 1979 a 1981 debió haberse llevado a cabo en la forma mencionada. El Kurdistan y la guerra revolucionaria ahí, también debe verse así. Esto no significa que si hubiera habido posibilidades de guerras revolucionarias o hasta de liberación en otras regiones en 1979-1981, deberíamos ignorarlas. Esto significa que, si existe una posibilidad en otra parte, es un error dejarla pasar y desaprovecharla. También es erróneo si no se avanza militarmente en el Kurdistan y no se desarrollan fuerzas en las bases de apoyo. En otras palabras, el tiempo de preparación no significa un período de “cero avance”. El punto a destacar es que sobre todo, de febrero de 1979 al invierno de 1981, las condiciones para conquistar el Poder en todo el país no existían y por lo tanto nuestra tarea central en ese momento era hacer toda clase de avances como los mencionados, pero durante el invierno de 1981, las condiciones para un avance final y una ofensiva se tornaron maduras. Esto significó que la labor preparatoria, necesaria antes del desarrollo de la lucha de clases en el invierno de 1981, tenía que dar un salto.

El salto en el desarrollo de los acontecimientos; un salto en los preparativos

La coyuntura y la aceleración de la lucha a distintos niveles y aspectos, y las posibilidades para la conquista del Poder constantemente empujan hacia adelante a la vanguardia. Además, las grandes batallas demandan de una fuerte vanguardia y la hacen avanzar. Y con el salto de las condiciones a una situación revolucionaria, el curso de los acontecimientos se aceleraría enormemente.

Todos estos factores requieren de un salto en los preparativos. A la luz de lo ya dicho, este salto no sólo comprende acelerar el actual trabajo de organización, sino dar un salto a un trabajo cualitativamente superior, elevando cualitativamente todas las formas y niveles organizativos, políticos y militares. Ésta es la única forma de responder a las necesidades inmediatas para guiar y organizar a las masas y sus luchas y superar el error de ir a la cola del movimiento de masas (es natural que si no fuéramos los dirigentes, ¡otros lo serían!) y de seguirle, cojeando, sin la capacidad para influir en el curso de la revolución.

Pero no debe concluirse de lo dicho que nuestro trabajo de preparación se divide en fases diferentes, como si nos preparáramos para una coyuntura en una fase y sólo en esa coyuntura nos preparamos para la batalla final. Mejor dicho, los preparativos para conquistar el Poder son un solo proceso que pasa por distintas fases que se correlacionan y son interdependientes. Durante el invierno de 1980-1981, el salto en los preparativos significó (y esto podría aplicarse también a cualquier región con el mismo nivel político que el Kurdistan) acelerar el proceso de establecer gobiernos populares, la formación de un ejército popular y moverse a una ofensiva militar estratégica general. (Dada la debilidad militar general de la República Islámica en ese período, no sólo era posible sino desde la perspectiva del avance de la revolución, era necesaria.) Por lo tanto, por un lado un movimiento armado en una zona que da golpes a las bases del régimen, lo debilitaría más y más y por otro lado, avanzando y fortaleciendo sus posiciones, haría más poderoso

el campo de la revolución en general (así como aumentaría la fuerza y capacidad de la revolución en las diferentes zonas)¹¹.

En las localidades donde se preparaba la guerra popular pero no haya alcanzado la fase militar, debería iniciarse lo más pronto posible. Mientras se organizan huelgas y protestas, y se trata de elevar el nivel político del movimiento en las ciudades, nuestro objetivo principal debería ser preparar subjetivamente a las amplias masas de trabajadores y obreros para la insurrección. En su dimensión organizativa, esto significó organizar la vanguardia de trabajadores y varios distritos en unidades especiales de insurrección y empezar una ofensiva armada contra los comités y centros militares, y vencer y desarmar a las fuerzas armadas del régimen. Tal pudiera haber sido el principal método de preparar la insurrección en las ciudades.

La ofensiva general requería llevar a su fin cinco tareas. Primero, a los avanzados se les entrenaría en estrategia y táctica militar, para desarrollar su capacidad para las operaciones de la guerra. Segundo, esto nos permitiría reclutarlos más rápidamente, pues podríamos reconocer más rápidamente a otras fuerzas avanzadas y así se habría logrado la posibilidad de reclutarlas y organizarlas. Tercero, las aspiraciones de las masas podrían reconocerse en forma más precisa y esto nos permitiría formular planes políticos y tácticas más definidos. Cuarto, estas ofensivas influirían a un mayor número de masas, preparándolas para la insurrección. Quinto, a través de estas actividades le tomaríamos el pulso al movimiento de masas, o sea, analizaríamos su estado de ánimo (y la integración de un número mayor de las masas hacia tales ofensivas), para poder calibrar el momento preciso de la insurrección. Acelerando nuestras actividades, podríamos averiguar más exactamente el ánimo de las masas. Con la ayuda de la agitación política “en su seno”, podríamos elevar el nivel de lucha de las masas de modo que las ofensivas militares “surgieran” del movimiento espontáneo. Se evitaría, de esta forma, el economismo, el problema de ir a la zaga del movimiento espontáneo de las masas, y el aventurerismo. Además, ayudaría a analizar constantemente las condiciones subjetivas de los avanzados, del movimiento de la clase obrera y del movimiento de masas en general, y a ver terminante y correctamente el potencial y capacidad de la revolución para escoger tácticas y evitar el subjetivismo de derecha y de “izquierda”¹².

Por otro lado, esto no quiere decir que si hubiéramos hecho todo eso, habríamos tomado el Poder en ese momento. Al menos habríamos continuado y profundizado la lucha de clases y la revolución, desplegando al máximo nuestras capacidades. Así, habríamos dejado el suelo arado y los terrenos más fértiles para las siguientes batallas de una manera que jamás había sucedido antes.

Lecciones del levantamiento de Amol

En las secciones anteriores, explicamos la dinámica de los preparativos y algunas de las causas de nuestra falta de preparación en la coyuntura anterior. Por lo que respecta a los

deberes políticos y prácticos del proletariado, entramos a la batalla sin preparación. Es muy importante sacar las lecciones de estas experiencias para el futuro del movimiento comunista iraní. ¿Por qué? Porque es posible que nuestros comunistas se encuentren en condiciones similares.

Primero, expliquemos en pocas palabras qué pasó. Según el plan, íbamos a iniciar el levantamiento en una parte de Teherán confiando en la fuerza militar de nuestra organización para tomar un distrito, en seguida armar a los avanzados y a las masas revolucionarias, desarrollar la revolución en otras zonas, dirigir a las masas en la toma de los principales centros del Poder y reacción de Teherán, tumbar a la República Islámica y establecer un gobierno revolucionario provisional. Por esa razón, elegimos el sector Fallah de Teherán, apostamos a nuestras fuerzas militares y llenamos los requisitos políticos y técnicos necesarios. En vista del potencial de obstáculos a la realización del plan en Teherán, escogimos un lugar alternativo para iniciar el levantamiento, la ciudad de Amol. Una dirección correcta fue dada a la organización de Amol. Como se prolongaron los preparativos, las condiciones en Teherán se volvieron desfavorables para iniciar el levantamiento, y especialmente tomando en cuenta la cantidad de nuestras fuerzas, se hizo imposible hacerlo ahí. En Amol, el ejército y las fuerzas de seguridad del régimen también desataron una amplia ofensiva, que limitó severamente nuestras opciones. Por ello, elegimos las selvas cercanas de Amol para concentrar nuestras fuerzas y prepararnos para trasladarlas a la ciudad e iniciar el levantamiento.

El 2 de noviembre de 1981, Sarbedarán dio el primer paso hacia la ciudad de Amol. Nuestra meta: quitarle las plazas fuertes del Poder al régimen. Debido a una confrontación prematura con el enemigo a mitad del camino, decidimos no avanzar hacia la ciudad ese día; no obstante, se realizó con éxito la parte del plan para bloquear la carretera Haraz y hacer agitación. Esta acción recibió mucho apoyo de todo el país. Cuatro días después, los Pasdarán y el ejército lanzaron una gran ofensiva en la selva contra las fuerzas de Sarbedarán. Sarbedarán los aplastó totalmente, obligándolos a batir en retirada y a dejar muchos muertos y grandes cantidades de municiones y armas. De ese momento hasta el 25 de enero de 1982, las fuerzas de Sarbedarán trabaron combate con el enemigo en muchas ofensivas y asestó fuertes golpes a las fuerzas del régimen en las afueras de Amol. La histórica noche del 25 de enero, nuestras fuerzas llegaron a Amol. La principal batalla estalló.

Las masas populares recibieron con entusiasmo a las fuerzas de Sarbedarán. Levantaron barricadas en las calles, recabaron información sobre la ubicación y posición de las fuerzas enemigas, identificaron a los elementos enemigos y los entregaron a los pelotones de fusilamiento de la revolución, y demás. Ofrecieron todo que tenían a su alcance; algunas empuñaron las armas y se unieron al combate. El espíritu de las masas se elevó a pesar de los ocho meses de ataques del enemigo y de la falta de organización para la resistencia. Esto mostró que, antes, el movimiento comunista iraní había ignorado su gran potencial para tumbar al régimen. Sin embargo, la revolución no pudo aguantar los

embates de los miles de mercenarios armados hasta las cejas que movilizaron los compradores burgueses iraníes contra el levantamiento. Las masas revolucionarias bajo la dirección de un centenar de comunistas de Sarbedarán dieron lo que pudieron. Lucharon, pero con una capacidad con unos límites ya determinados. Las masas y Sarbedarán lucharon hombro a hombro, calle por calle, casa en casa, barricada tras barricada, cayeron, se levantaron y retrocedieron. Nuestro movimiento comunista sufrió otra derrota. Esta vez con la frente muy en alto, pelearon exponiendo la propia vida, en una batalla cuya derrota prepara el camino de la victoria del mañana.

¿Bajo qué circunstancias, con qué fines y perspectivas nuestro plan fue llevado a cabo? Las transformaciones revolucionarias, como cualquier otro fenómeno, no se desenvuelven en las mismas formas de antes ni en línea recta. La dinámica de 1980-81 que llevó a las masas a una posición revolucionaria, tomó una forma diferente de la de 1979. Por esto, nuevas formas de lucha se requerían. Antes del golpe de Estado del 12 de junio de Jomeini, la política liberal dominó las protestas de las masas contra el régimen. Muchos se hicieron falsas ilusiones sobre Jomeini y su papel en la contienda entre la revolución y la contrarrevolución. Pero con su ascenso al Poder y su llamado a un ataque total a la revolución y a las masas del pueblo, Jomeini aniquiló esas ilusiones. Aún así, los movimientos de las masas recibieron muchos golpes de manos de la reacción. Los influenciaban fuertemente la burguesía liberal. No existía un polo proletario reconocido y preparado que pudiera mostrar rápidamente el camino correcto y las políticas a seguir.

Todo esto redujo el ímpetu del movimiento espontáneo de las masas. En otras palabras, la aniquilación de las ilusiones de las masas sobre el régimen islámico coincidió con la agudización de la amplia represión del régimen contra la causa de las masas revolucionarias y puso a la revolución a la defensiva. El mismo gobierno conocía al detalle las formas de lucha popular que se emplearon contra el Cha y fue así que pudo desarmar a las masas. Ellas no tenían claro cuál era el mejor método para luchar, confusión que nunca desapareció.

Además, la bárbara represión y la ofensiva del régimen limitaron el tiempo disponible para superar esta confusión y bloquearon los canales de la protesta espontánea de las masas. (Un factor que en 1979 no existía porque la ofensiva en amplia escala del pueblo puso al régimen en retirada estratégica). De hecho, después del 20 de junio de 1981, la República Islámica tuvo cierta iniciativa, cuando la revolución perdió la suya y las masas estaban en franca retirada debido a la represión. Esto no se debió a un “reflujo del movimiento” o a su “ignorancia” o “atraso”. Las raíces de esto estuvieron en la confusión antes mencionada. Cuando las masas ya habían captado la necesidad de derrocar al régimen, también comprendieron que se requerían renovadas formas de lucha. Pues el enemigo no era el mismo que en el pasado. El campo de batalla tiene su propia dinámica. Las masas avanzadas, por su instinto de clase, habían concluido que no era posible realizar el objetivo de derrocar al régimen usando métodos del pasado, pues se requerían nuevas políticas así como nuevas formas de lucha. Las armas estaban en el centro de la

discusión.

El liberalismo había revelado su impotencia ante las masas. Los mujaidines que desplegaban una actividad dispersa y meramente irritante, mostraron su completa enajenación de la situación, y cuán lejos estaban de plantear la revolución, así como de organizar las masas avanzadas, para el inmediato derrocamiento del régimen. De hecho, su papel se redujo a convertir a las masas en simples espectadores.

En estos momentos críticos, las masas voltearon sus ojos hacia los comunistas. De cara a las condiciones políticas de entonces, era responsabilidad de los comunistas trazar un plan que, pasado el 20 de junio, no podía ser otro que el levantamiento armado contra la burguesía compradora de la República Islámica. El fin de esto sólo podía ser el derrocamiento del régimen y el establecimiento de un gobierno obrero-campesino junto con las masas trabajadoras bajo la dirección del proletariado, o sea, una república de nueva democracia. En otras palabras, el levantamiento armado era el deber primordial del proletariado y su objetivo era establecer la república democrática bajo la dirección del proletariado. Nuestro plan incluía estas condiciones y objetivos.

¿Cuáles eran las posibilidades de la victoria? Las limitaciones cualitativas y cuantitativas del proletariado y su vanguardia comunista eran muy serias. En todos los sectores sociales, la influencia material e ideológica de la pequeña burguesía “marxista” y “no marxista” era muy fuerte. Los recursos políticos, económicos, militares y sociales del régimen eran formidables. Así pues la posibilidad de conquistar el Poder era mínima. Otras dos posibilidades tenían mayor grado de realizarse. Primero, como resultado de la ofensiva proletaria, el levantamiento rápidamente crecería y conduciría a una situación de relativa anarquía o incluso el derrocamiento del régimen islámico y la instalación de un gobierno no proletario (de clases intermedias), que en este caso nos daría un descanso para las batallas siguientes. Lo segundo fue que nuestra ofensiva militar desestabilizaría al régimen, preparando y abriendo la posibilidad de descansar para nosotros y otras fuerzas progresistas. Esto se aplica también al frente kurdo. Las batallas en otras zonas, bajo nuestro liderazgo o de otras clases, podían ser útiles para evitar que el régimen concentrara sus fuerzas en una zona determinada. Así, la situación se volvería favorable a nosotros para consolidar la zona bajo nuestra influencia y actividad. Esto a su vez, nos permitiría usar nuestra zona de influencia para avanzar y crecer. Pero a nuestra capacidad para desarrollar esto, de aprovechar todas estas posibilidades, la condicionó nuestra lucha por una alternativa independiente y por profundizar la lucha al máximo y así sentar las bases para aprovechar estas otras posibilidades. Ésta era nuestra política.

¿Fue correcto entrar en combate con una pequeña fuerza? ¿Nos decidimos por un objetivo, que “estaba más allá de nuestras propias fuerzas”? O dada la dinámica de la toma del Poder político por el proletariado, ¿podría éste dirigir una revolución con esta pequeña fuerza? ¿Cómo puede el proletariado, cualitativa y cuantitativamente, acumular y conservar sus fuerzas? Es evidente que, para que el proletariado obtenga la victoria

debe desarrollar una cierta capacidad tanto cualitativa como cuantitativa. Pero el proletariado no puede obtener esta experiencia a través de una acumulación “poco a poquito” de la fuerza necesaria para derrocar al gobierno burgués y establecer su propio gobierno. Apoyándose en la ciencia del comunismo revolucionario y sus más recientes avances, y a través de los avances y retrocesos en la lucha de clases y la lucha por transformar la sociedad, el proletariado aprende el arte de hacer la revolución, ensaya su liderazgo y bajo su dirección acumula fuerzas cualitativa y cuantitativamente y procura entrar en la futura lucha de clases en la forma más omnímoda (y de la manera más profunda posible) para obtener los mayores éxitos. En todas estas batallas, sean victoriosas o derrotadas, el proletariado aumentará su conocimiento del campo de batalla: sus enemigos, sus aliados y las fuerzas medias. Estará más consciente de cómo hacer la revolución y destruir al enemigo. En estas batallas históricas, en estas coyunturas, el proletariado aprende cien veces más la ciencia revolucionaria, que en épocas normales. En éstas, el proletariado observa a sus dirigentes, supera su atraso y seguidismo y realiza grandes avances; es con estas oportunidades en que procura hacer los mayores esfuerzos posibles hacia la conquista del Poder político. Ésta debe ser la actitud del proletariado y su vanguardia comunista hacia la toma del Poder, sin importar que no tenga aún muchos combatientes. Ésta no es una visión subjetiva. Tiene sus raíces en los mecanismos de la revolución y en la naturaleza del desarrollo de todo fenómeno, que no se mueve en línea recta sino en espiral, con innumerables saltos pequeños y grandes.

Analícemos con más detenimiento el problema de las pequeñas fuerzas. Primero, nosotros no teníamos una fuerza pequeña. Nuestra política militar tenía una amplia aceptación en la sociedad. De hecho, en tiempos normales o tiempos de reflujo en el movimiento popular, la línea comunista no tiene amplio apoyo en las masas. Sólo en los períodos de levantamiento revolucionario se presentan las condiciones objetivas para que los comunistas se conviertan en una alternativa para conquistar el Poder. Nuestra debilidad estuvo en nuestra capacidad débil para movilizar a nuestra base social en torno a nuestra línea política comunista. Las condiciones objetivas nos eran muy favorables. Lo que el proletariado aprendió en un día en este período de tumulto, habría requerido varios años “normales” para aprender. La situación internacional nos favoreció y la situación interna se volvió explosiva. La revolución de 1979 fue una gran experiencia para el pueblo. Se desarrolló una generación de inmejorables comunistas y trabajadores conscientes. Al contrario del punto de vista mecánico que prevalecía en nuestro movimiento, un pequeño grupo decidido con una línea táctica y política correcta, pudo hacer surgir una rebelión. O como el Camarada Mao lo dice: “Una sola chispa puede incendiar toda la pradera”. La historia de la lucha de clases en Irán tiene ejemplos sobresalientes de este tipo. Por ejemplo, el levantamiento armado de Satar Khan en la revolución constitucionalista probó que en condiciones favorables, la chispa de una fuerza pequeña, capaz pero decidida, en una parte del país, puede generar un gran incendio en todo el territorio. Hay, sin embargo, otro ejemplo: El Partido Tudeh que tenía una fuerza grande [Aquí se habla del Partido Tudeh antes del golpe de Estado de la CIA en 1953 — *UMQG*], se desmoronó de un momento a otro, por su línea de oportunismo y

capitulación.

Segundo, la política de los comunistas no la decide su tamaño. Cuando en la historia se presentan las condiciones subjetivas y objetivas necesarias para el levantamiento, no se espera que los comunistas “acumulen” las fuerzas necesarias. Es su deber aprovechar la situación. El que las fuerzas sean grandes o pequeñas sólo afecta la táctica de los comunistas en la aplicación de su línea política. En el curso de los acontecimientos, se presentan situaciones que obligan a los comunistas a entrar en una importante batalla con cualquier fuerza que dispongan, con o sin previa preparación. La indecisión para abordar esto, puede tener resultados desastrosos en términos políticos, mientras que si se va a la batalla y se sufre una derrota, *ésta* servirá de experiencia para futuras victorias. Como andábamos a la cola del desarrollo de esta situación (que se debió a la falta de preparación para tomar el Poder durante los dos años y medio después de la revolución de 1979), y como cerrábamos los ojos a las nuevas dimensiones, estas dos debilidades en la realización de nuestro deber de dirigir al movimiento de masas en ese momento, hacían parecer muy lejos la posibilidad de una victoria inmediata. La solución en 1981 no era ignorar nuestras responsabilidades cuando eran más que claras. De hecho, la solución era enfrentarse a las fallas y a las limitaciones subjetivas y procurar superar el atraso respondiendo a las más urgentes tareas prácticas y políticas del momento. Primero, sin este método dialéctico, uno no puede superar su seguidismo. Segundo, al responder a las tareas a la mano, cuando se supera el atraso, la capacidad para realizar las tareas de manera correcta aumenta necesariamente. Tercero, en especial durante los grandes levantamientos sociales, aunque grandes peligros acechan a una fuerza que sigue a la cola de la situación en términos cualitativos y cuantitativos, se presentan para los revolucionarios oportunidades sin precedentes. Éstas pueden aprovecharse para lograr rápidos avances y superar anteriores deficiencias. Y como Lenin dijera, un año de transformaciones en tales condiciones deja una experiencia mayor que muchos años “normales”. Por la misma razón, las tareas revolucionarias incumplidas durante tiempos de levantamiento tienen un efecto político desmoralizador sobre las organizaciones revolucionarias, a pesar de su tamaño o capacidad militar.

Cuarto, conforme llega a su cúspide una batalla decisiva, el aspecto cuantitativo puede representar la diferencia entre una victoria o una derrota, y los comunistas no entran a una batalla con la victoria asegurada. En este aspecto, una importante lección histórica de las luchas sangrientas del proletariado la dieron Marx y Engels. A pesar de que la Comuna de París estaba condenada a la derrota, ellos participaron activamente en ella.

¿Es correcto emplear la mayoría de sus fuerzas en batallas decisivas? Para contestar esta pregunta, se necesita comprender la dialéctica de la “autoconservación”. Para los comunistas, la *conservación de fuerzas* principalmente tiene un significado cualitativo, no “físico”. En otras palabras, lo que se conserva es la acumulación de la experiencia y una cierta calidad, que sólo se puede conseguir afectando el curso de la lucha de clases y *de ninguna otra forma*. Aquí volvemos de nuevo a cómo el proletariado desarrolla la

capacidad cualitativa y cuantitativa necesaria para conquistar el Poder político. Si una fuerza no puede hacer avances cualitativos ni acumular lecciones en cada batalla, en especial en las importantes, será una fuerza frágil en futuras batallas (si es que no ha sido destruida ni se degenera internamente) a pesar de su tamaño cuantitativo, a menos que esté consciente de su atraso y lo supere correctamente. Sólo aplicando esta concepción dialéctica se puede comprender la relación entre la “conservación de fuerzas” y la movilización de las principales fuerzas en las líneas del frente de las batallas decisivas y así entender cómo de esta manera se concretan la conservación de las fuerzas y el avance. Sosteniendo este principio, uno puede —en el curso de realizar los deberes políticos y prácticos inmediatos y de recoger los desafíos históricos— superar el atraso, resolver las desviaciones políticas y prepararse para las batallas decisivas por venir. Los momentos históricos demandan a los comunistas tomar la ofensiva, y esto es como la historia lo exige, no por voluntad de los líderes de una organización¹³. No actuar conforme a las obligaciones políticas y prácticas en tales momentos, no llevar a cabo ciertas formas de lucha por miles de pretextos, como no tener seguridad de la victoria, una correlación desfavorable de las fuerzas o querer conservar las fuerzas para el siguiente período y dar marcha atrás en un momento cuando se debe tomar la ofensiva, puede hacer que una fuerza aunque sea grande y fuerte, se torne pequeña, débil y atrasada, incapaz de responder a las necesidades del movimiento y en consecuencia, hundida en el pesimismo, confusión, liquidacionismo, oportunismo y revisionismo.

¿Fue nuestro plan aventurero?

Si echamos un vistazo a nuestro plan como en fenómeno “en sí”, aislado de las condiciones históricas que lo plantean, entonces fue un plan aventurero. Pero si lo vemos en el entorno de las condiciones históricas y con una comprensión correcta del papel del elemento consciente y sus limitaciones históricas, este plan y su programa no fueron aventureros. Si analizamos el papel y el lugar del elemento consciente desde un punto de vista economista, como si las masas solas tomaran las armas y llamaran a los comunistas a dirigir las, entonces el plan organizativo concreto para iniciar la lucha armada fue aventurero.

¿Cuál es el papel de los comunistas? ¿Qué significa todo ese escándalo que traen sobre el liderato de las masas por los que se pretenden comunistas o marxistas? Si observamos el desarrollo dinámico de una situación revolucionaria (y la maduración de un momento oportuno) desde un punto de vista gradual y mecánico, como si debiera haber primero oleadas de huelgas generales y manifestaciones por todo el país, con la mayoría de la gente en movimiento espontáneo (o que el movimiento espontáneo de las masas es el “precursor” de un levantamiento), entonces ¡sí, nuestro plan para conquistar el Poder político fue aventurero!

La realidad es que nuestro plan inicial de levantamiento armado no sólo *no* fue aventurero sino que se basó en la comprensión correcta de las condiciones y deberes de

una vanguardia que acepta su responsabilidad para dirigir el movimiento. Pero como se dijo antes, por nuestra falta de preparación, nuestras limitaciones y por seguir a la cola de la situación, el momento oportuno se perdió. Las condiciones para librar la lucha armada aún eran favorables, pero una nueva táctica era necesaria, considerando que la situación había cambiado. Del mismo modo que las consideraciones tácticas cambiaron antes y después del golpe de Estado, los cambios tácticos en los meses siguientes al golpe de Estado (en contraposición a los cambios inmediatamente después del golpe de Estado) eran necesarios a causa del fortalecimiento de las fuerzas del régimen y su creciente represión del pueblo. El estado de ánimo de las masas se encontraba en reflujo. Como se disminuía la posibilidad de lanzar un levantamiento en las ciudades, tuvimos que cambiar nuestra táctica de lucha.

Aún era posible optar por librar la lucha armada desde la selva del norte, no para conservar nuestras propias fuerzas ni para usar la selva como casa de seguridad o dispersar nuestras acciones, sino para resguardar nuestro territorio del enemigo, dar unos golpes duros al enemigo, como liberar a prisioneros, atacar una ciudad e inmediatamente retirarnos, tomar las poblaciones vecinas y retroceder, mantener alta la moral de las masas, abrir posibilidades para que los avanzados se unieran a nuestras fuerzas en la selva y las aumentaran cuantitativamente. De esta forma, pondríamos al enemigo a la defensiva, al menos en este lugar, y reduciríamos su poder de reincorporación. Esto, en sí, nos dejaría definir más nuestra esfera de acción y clarificar la relación entre esta lucha y la lucha general. Ya entonces, con un plan más preciso, podríamos juntar las fuerzas sociales necesarias para resolver nuestras contradicciones y aumentar nuestras capacidades cuantitativa y cualitativa. Hubiéramos tenido más capacidad para aclarar las posibilidades de avance de la lucha armada y resolver los problemas para llevarla adelante. Pero en esos momentos, nuestras limitaciones subjetivas no nos dejaron cambiar nuestra táctica sobre la base de transformar la situación. Por lo tanto el levantamiento de Amol del 25 de enero de 1982, llevado a cabo bajo nuestro plan original, se desarrolló en una situación distinta (una situación fundamentalmente diferente en que ya era muy tarde para hacer lo que habíamos propuesto).

Causas de nuestra derrota

Nuestra falta de preparación inicial y de la calidad requerida para enfrentar las nuevas condiciones y obligaciones inmediatas, el retardo de nuestra acción, nuestras deficiencias en la movilización de nuestra base social y en su transformación en una fuerza activa, nuestras debilidades en la movilización de otras fuerzas, nuestra incapacidad de dominar los cambios cotidianos en la revolución y la contrarrevolución, nuestro aislamiento de estos cambios y la correspondiente incapacidad para elegir las tácticas correctas y efectivas y mantener la flexibilidad en el plan inicial, todo esto causó la derrota táctica y militar en la ciudad de Amol. A pesar de las posibilidades de evitar algunos de estos errores y debilidades en este período, la derrota en Amol no representó la derrota de nuestra línea en los meses de junio de 1981 a febrero de 1982.

Más bien, tuvo sus raíces en nuestras desviaciones anteriores, que hicieron que no estuviéramos preparados y por ende no adquiriéramos la necesaria calidad y cantidad de fuerzas. Aunque durante junio de 1981 empezábamos a romper con estas desviaciones, éstas limitaron severamente nuestra capacidad. Nuestras limitaciones y debilidades en el período antes mencionado también se debieron a nuestra inexperiencia y falta de claridad con relación al proceso general de avance de la revolución, inclusive en el aspecto militar. Esto mismo era un síntoma de que nuestro conocimiento de los principios del marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsetung no era suficiente para analizar las nuevas transformaciones en el mundo en general y en los procesos de avance de la revolución en países como Irán, en particular. Resumiendo la derrota del proletariado en China, y de la revolución de Irán y de los dos años y medio de agudas confrontaciones de clase que le siguieron, podíamos haber sacado grandes lecciones en muchas esferas, incluso en la militar. Pero para captar esto, era necesario apoyarnos en los principios del marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsetung y su aplicación a nuestros objetivos comunistas fundamentales. Además, nuestras desviaciones centristas y eclecticismo en torno al pensamiento Mao Tsetung y sus principios, nos privaron de esa oportunidad (sin mencionar otras). Dadas las condiciones generales, lo que hicimos fue, más o menos, lo máximo que nuestras capacidades objetivas y subjetivas (limitadas como estaban, por nuestras desviaciones) nos permitieron en ese período. Hicimos lo que pudimos y teníamos que hacer, y a pesar de la derrota, esto representa un punto fuerte para nosotros. Fue una experiencia (y material) que sólo podía adquirirse en la realización de las más importantes tareas prácticas y políticas del proletariado consciente en tales momentos tempestuosos.

¿Qué transformaciones ocurrieron en nuestra organización? El desarrollo de una situación revolucionaria en torno al 20 de junio de 1981 y el dinamismo de responder a las tareas políticas inmediatas del proletariado, hicieron que se intensificara la lucha interna en la organización. Una mayoría empezó a romper con las desviaciones del pasado y dio pasos adelante, siguiendo un camino hacia una ruptura más tajante con estas desviaciones y hacia una comprensión más sólida del marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsetung y de su desarrollo. El liderato de la minoría dio un paso atrás y se refugió en el revisionismo y el liquidacionismo. Ante una situación revolucionaria y la dinámica de cumplir con nuestras tareas comunistas, se generó una división (dialéctica) en nuestra organización, una transformación que no ocurría en otras organizaciones que se consideraban parte del movimiento comunista iraní.

A pesar de este salto comunista hacia adelante, la mayoría de nuestra organización no aprovechó la oportunidad histórica para consumir la ruptura con las desviaciones del pasado y librar resueltamente la lucha entre las dos líneas en todos los ámbitos, incluso el organizativo. La implementación del plan de Sarbedarán, su derrota táctica y militar y la confrontación con las nuevas condiciones, presentó un nivel superior de obligaciones (y dificultades) para el movimiento comunista y la necesidad de responder a ellas. Todo esto hizo surgir nuevas debilidades (y limitaciones) que afectaron las filas de la mayoría de la

organización. Algunos dirigentes y miembros de la línea mayoritaria no pudieron entender las causas de la derrota de Amol, en especial, las raíces de la crisis política e ideológica del movimiento comunista en general. Muchos cayeron en la confusión y la desmoralización. De hecho el proceso de romper con las desviaciones del pasado, que ya había comenzado, en esta situación se convirtió en su opuesto. Con los ataques del gobierno en el verano de 1982, esta tendencia se desarrolló hasta caer en el revisionismo y el liquidacionismo. Aunque el proceso fue diferente, su línea tuvo unidad política con la minoría de la organización.

La degeneración ideológica y política de los dirigentes de la minoría y de aquellos cuadros y dirigentes de la mayoría que habían caído en la desmoralización y confusión, se manifestó concretamente en el llamado juicio de algunos líderes y miembros de la UCI durante el invierno de 1982-1983. Después de nuestra derrota militar en el invierno de 1981 y el ataque del verano de 1982, el régimen comprador burgués de Jomeini montó un espectáculo con el llamado juicio de algunos líderes y miembros de la UCI, que era básicamente un ataque concentrado contra nosotros. La idea era quebrarnos ideológica y políticamente. Pero la República Islámica desató este ataque especial y su furiosa propaganda para desaparecer de la mente del pueblo los efectos del levantamiento del 25 de enero de 1982 y la influencia de su vanguardia, la UCI, sobre las masas. Era un síntoma del profundo temor de la República Islámica a una alternativa proletaria independiente en la sociedad y una respuesta a los golpes que había recibido de este polo. Esto fue algo que entendieron la vanguardia en especial y las masas en general. Pero el juicio fue sólo un aspecto del desarrollo dialéctico de la UCI. De lo que muchas personas, entre ellas, muchos avanzados, no están muy enteradas, y de lo que las fuerzas pequeño burguesas y burguesas han guardado silencio, es que la fuerza principal de la UCI aún continúa en el camino del comunismo. Una parte de esta fuerza principal la forma un buen número de nuestros camaradas, pasando por líderes, miembros y simpatizantes, que permanecieron firmes en su posición de clase y dieron la vida en defensa del comunismo en las mazmorras del régimen islámico. Esto muestra que sostenían fuertemente el principio de romper con las desviaciones del pasado y defender los logros de 15 años de batalla, con su cumbre, el levantamiento de Amol. Y fuera de las prisiones, la otra parte de esta fuerza principal tenía la responsabilidad de reconstruir y llevar a cabo los preparativos ideológicos, políticos y militares para el retorno a una posición ofensiva.

La manifestación más clara de esta lucha por reconstruir la organización se vio en el encuentro del cuarto congreso de la UCI en junio de 1983. A pesar de las condiciones tan difíciles, entre ellos, los duros obstáculos resultado de la pérdida de todas las relaciones organizativas y que el régimen conocía a cada cuadro, este congreso ratificó algunas resoluciones (publicadas con el título “Resoluciones del IV Congreso de la UCI”), eligió los comités de dirección de la organización, llevó hasta el fin el proceso de reconstrucción de la organización después de los ataques de la policía (la reorganización ya había comenzado en el verano de 1982) y sentó las bases esenciales para el avance en las esferas política, ideológica, organizativa y militar.

Conclusión

Desde hace más de cien años, el proletariado mundial en sus batallas contra la burguesía por realizar el comunismo, ha acumulado muy diversas experiencias, ricas algunas y otras sangrientas, que incluyen victorias y derrotas, avances revolucionarios y retrocesos de los batallones proletarios en diferentes países del mundo, experiencias pagadas con sangre, experiencias en que el proletariado en la consecución de sus objetivos, les ha sacado lecciones y ha aumentado su conocimiento para hacer la revolución y construir el socialismo. Cada lección aprendida siempre ha pasado por una dura batalla entre el proletariado y sus enemigos. “La ciencia del marxismo-leninismo-maoísmo [Con motivo del Centenario del Natalicio de Mao Tsetung, el 26 de diciembre de 1993, el Movimiento Revolucionario Internacionalista, en el cual la UCI (S) es participante, lanzó el documento *¡Viva el Marxismo-Leninismo-Maoísmo!*, apéndice de la *Declaración del MRI*, en que dice: “[C]on un profundo sentido de nuestra responsabilidad, declaramos ante el proletariado internacional y las masas oprimidas del mundo que la ideología que nos guía es el Marxismo-Leninismo-Maoísmo”. Esta cita de la *Declaración* refleja ese cambio. — *Nota del traductor*] se ha ido formando y desarrollando durante las vueltas y revueltas del movimiento, a través de una lucha constante contra aquellos que le arrancan su esencia revolucionaria y/o la transforman en un dogma enmohecido e inerte” (*Declaración del MRI*). “De hecho, la historia ha comprobado que el desarrollo creativo auténtico del marxismo (y no falsas distorsiones revisionistas), siempre ha estado vinculado inseparablemente a una fiera lucha por defender y sustentar los principios fundamentales del marxismo-leninismo. La doble lucha que Lenin libró contra los revisionistas abiertos y contra aquellos que, como Kautsky, se oponían a la revolución disfrazados de ‘ortodoxia marxista’, y la gran batalla que libró Mao Tsetung contra los revisionistas modernos y contra la negación de la experiencia de la construcción del socialismo en la URSS bajo Lenin y Stalin, llevando a cabo simultáneamente una crítica cabal y científica de las raíces del revisionismo, son evidencia de esto” (*Declaración del MRI*).

Con su derrota en este período de batallas, el movimiento comunista en Irán legó una experiencia amarga más al proletariado internacional. Pero ¿qué ejército victorioso ha existido que no haya tenido derrotas? El proletariado no se lamenta sobre sus derrotas, sino que les saca lecciones, con el fin de actuar con los ojos más abiertos y regresar con más fuerza a la posición ofensiva, para convertir la derrota en su opuesto. ¡Sí, esta máxima es una realidad! “Los ejércitos derrotados sacan buenas lecciones”.

Hoy en día, el movimiento comunista internacional, y el movimiento comunista iraní como parte subordinada de él, atraviesan una severa crisis, que refleja la pérdida del bastión proletario en China, así como nuevas transformaciones y agudización de todas las contradicciones del mundo. Además, aunque decimos que la revolución en Irán fue una inspiración para el movimiento proletario mundial, la derrota en 1982 del proletariado en Irán (y de sus esfuerzos revolucionarios por ganar otro bastión avanzado para el

proletariado internacional) representa la derrota temporal de esta revolución y tampoco ayudó al movimiento comunista internacional a superar su crisis, pues en vez de eso causó más confusión y degeneración.

En un sentido positivo, la experiencia de la revolución de Irán reveló las serias desviaciones y errores que existían en la línea del movimiento comunista internacional y del movimiento comunista iraní y generó mucho material rico para hacer un análisis correcto y así hacer avanzar el movimiento comunista internacional y el desarrollo del marxismo. Sin duda alguna se puede decir que un análisis correcto basado en los principios de la teoría marxista del conocimiento, de la experiencia de la revolución en Irán y de su movimiento comunista, proporcionará ricas lecciones revolucionarias para el proletariado internacional. Por ahora, grandes tareas descansan en los hombros de los comunistas del mundo y especialmente en el movimiento comunista de Irán. Estas conclusiones no son para un futuro lejano ni cosa del pasado, sino tienen una validez inmediata en la situación crítica que se ha apoderado no sólo de nuestra sociedad sino del mundo entero. Por lo tanto, tal es un deber inmediato que está a la orden del día.

La revolución iraní enfrentó una derrota temporal en una situación en que el sistema imperialista se hundía en una de las crisis económicas y políticas más agudas y profundas de su historia. El mundo se acerca cada vez más a un punto de explosión. Tal crisis no permitirá que el viejo sistema logre recuperarse en muchas regiones del mundo, entre ellas, Irán. Día a día, cada régimen grande o pequeño que sale en defensa del sistema imperialista, cae en las profundidades del remolino de la crisis capitalista internacional. Y ésta es una coyuntura histórica a nivel mundial. Esta coyuntura concentra y encarna grandes oportunidades revolucionarias. Ésta es una gran oportunidad histórica para la revolución y los comunistas en Irán, quienes en un breve período después de la derrota, de nuevo tendrán ante sí grandes levantamientos revolucionarios y oportunidades aún mayores para triunfar. Por eso, debemos prepararnos rápidamente. Debemos estar conscientes de que la maduración de tales oportunidades también entraña peligros, porque a través de muchos avances y retrocesos, presiones y dificultades, el proletariado confronta a la burguesía. Lo que protegerá al proletariado de estas presiones y peligros es nunca borrar la línea que lo separa de sus enemigos y de sus aliados temporales. Por lo tanto, una parte importante de la preparación inmediata del proletariado es la agudización de esta división con todos sus enemigos abiertos y encubiertos, así como con sus aliados temporales.

“Así que el movimiento marxista-leninista confronta la responsabilidad excepcionalmente seria de unificar y preparar aún más sus filas para los tremendos retos y batallas trascendentales que se preparan. La misión histórica del proletariado exige con suma urgencia una preparación resuelta para cambios repentinos y saltos en los hechos; particularmente en esta coyuntura actual, cuando los sucesos a escala mundial ejercen un efecto más profundo sobre los acontecimientos nacionales, y cuando se preparan perspectivas inauditas para la revolución, debemos agudizar nuestra vigilancia

revolucionaria e intensificar nuestra preparación política, ideológica, organizativa y militar para poder manejar estas oportunidades de la mejor manera posible para los intereses de nuestra clase y para conquistar las posiciones más avanzadas posibles para la revolución proletaria mundial” (*Declaración del MRI*).

La revolución en Irán enfrentó la derrota en una época en que grandes posibilidades de ganar existen. El movimiento comunista internacional está saliendo de su crisis dolorosa y en este camino ha tenido grandes victorias cualitativas. Esto presenta una nueva oportunidad histórica para nuestro movimiento comunista y nuestra revolución. La reunión y la ratificación de la *Declaración del Movimiento Revolucionario Internacionalista* en la Segunda Conferencia Internacional de Partidos y Organizaciones Marxista-Leninistas, es un avance cualitativo del proletariado mundial y un gran salto hacia la realización de las metas comunistas. Los comunistas iraníes debemos captar todos estos puntos y actuar de acuerdo a las responsabilidades históricas que plantean. “La lucha revolucionaria de las masas populares de todos los países clama por un liderazgo auténticamente revolucionario. La responsabilidad de proveer tal liderazgo recae sobre las fuerzas marxista-leninistas auténticas en cada país y a escala mundial, aun cuando sigan luchando para consolidar y elevar el nivel de su unidad. De esta manera, la línea ideológica y política correcta formará nuevos soldados y se transformará en una fuerza material cada vez más poderosa en el mundo. Las palabras del *Manifiesto Comunista* resuenan tanto más claramente hoy: ‘Los proletarios no tienen nada que perder más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar’” (*Declaración del MRI*).

1. Había organizaciones en el movimiento revolucionario iraní que aún en el invierno de 1978 pensaban que el régimen de Cha estaba en una situación política estable y que estaba lejos de ser derrocado.

2. Aquí, no estamos insinuando que en cualquier situación y con cualquier fuerza organizativa, se debe participar en toda lucha política (incluidas las luchas de masas). En esencia, hablamos de la orientación que los comunistas deben tener y cómo deben ver toda lucha en la sociedad. De hecho, es nuestra línea y análisis político de la situación actual en la sociedad, nuestra meta y el grado de importancia de cada lucha en este contexto, que determina nuestra orientación hacia estas luchas (nuestras expectativas, la distribución de las fuerzas, etc.) en cualquier momento particular.

3. Uno de los factores importantes en la derrota temporal del movimiento de masas, de frente al golpe de Estado de 1981, fue que las masas, los revolucionarios y los comunistas no conocían las formas de acción de la República Islámica. En cambio, el régimen, debido a su origen histórico, sí conocía las formas de lucha que las masas y su vanguardia usaban en la revolución.

4. Más tarde, sin embargo, la Unión de Militantes Comunistas se volvió un poco más

creativa y trató de hacer esta imagen más “precisa” y más “proletaria”. Se decidió que se formaran algunos consejos de los trabajadores que no necesariamente tuvieran un carácter revolucionario. Estos consejos unificarían la lucha económica a un nivel nacional y así, desde abajo, se formaría un poder dual (véase, por ejemplo, *Obrero Comunista*, No. 1, “Adelante a la formación de los verdaderos consejos de los trabajadores en las fábricas”). Tal vez el esquema sería el siguiente: La clase obrera no tomaría el Poder inmediatamente. ¡Primero en escena el Kerensky iraní, cuyo gobierno sería el de Rahjavi, formaría un gobierno en el “mayo” a “octubre” iraní, y así sucesivamente!

¡Aún no sabemos a dónde llegó su partido con este análisis “marxista revolucionario” inteligente, ni si éste decidió quiénes representarían a Miliukov y Voluv de febrero a mayo!

5. Las explicaciones de las raíces de la desviación mencionada y la forma en que ellas crecieron en el movimiento comunista, rebasa el ámbito de este artículo. Sólo queremos decir unas pocas palabras sobre el espectro llamado la “tercera línea”, en la que la mayoría de las fuerzas genuinas del movimiento comunista iraní estaba movilizada: La formaban las organizaciones que la crisis en las filas del movimiento comunista internacional había afectado. Cayeron en posiciones eclécticas, centristas y a veces descaradamente antimarxistas, agravando así la crisis ideológica de estas organizaciones. Bajo el peso de la crisis y la agudización de la lucha de clases, sus posiciones centristas y eclécticas quebraron estas organizaciones, una tras otra, las lanzaron del movimiento comunista y las transformaron en organizaciones burguesas y pequeño burguesas que se decían comunistas. Pero esto no “alivió” la “crisis” para la mayoría de ellas. Por ejemplo, por las razones ya mencionadas, muchas de las organizaciones comunistas, entre ellas, Mobarezín, Mobarezán, Peyvand, Mojahedeen Khalgh y otras, habían caído en la crisis ideológica. Cuando estos grupos formaron la “Unidad Revolucionaria”, fue la expresión de su transformación de una organización comunista en una organización pequeño burguesa. (Debido a las particularidades del desarrollo del movimiento comunista iraní hasta la derrota de 1981, una gran parte de los comunistas de Irán se aglutinaron en organizaciones pequeño burguesas (por ejemplo, Peykar, Razmadegan, Unidad Revolucionaria, Komelah, etc.).

Estas organizaciones, sin la capacidad de aplicar el marxismo a las particularidades de Irán, empezaron a liquidar los principios ideológicos del marxismo, es decir, del marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tsetung. No pudieron forjar una línea marxista y abandonaron las filas del movimiento comunista iraní. Por lo común, comenzaron con la negación del pensamiento Mao Tsetung y después, inevitablemente, negaron el leninismo (abiertamente o no, principalmente en la forma del trotskismo, semitrotskismo, revisionismo moderno, tercermundismo, socialdemocracia, etc.). Hablaremos más de esto en el futuro.

6. Como se dijo en el prólogo, nuestro propósito aquí no es presentar un amplio resumen

del pasado. Tal resumen deberá hacerse en el contexto de un análisis del desarrollo del movimiento comunista internacional, tocando todas nuestras desviaciones *así como* nuestros puntos positivos y fuertes (que forman el aspecto dominante del movimiento) en nuestros 15 años de existencia. Pero considerando el objetivo de este artículo, decidimos no discutirlos aquí.

7. En el período del I Congreso de la UCI, en el análisis de nuestra práctica organizativa desde su formación en el invierno de 1978, describimos nuestra principal desviación como un subjetivismo. De hecho, el culto a la espontaneidad en las tareas prácticas y organizativas fue nuestra desviación principal. La forma en que se desarrolló nuestra posición contra la teoría de los tres mundos y en que nos apoyamos cada día más en la experiencia del Comintern y el punto de vista economista y gradualista que dominó sus VI y VII Congresos, tuvo una relación ideológica directa con nuestro resumen erróneo de las desviaciones anteriores en la práctica organizativa.

8. A la luz de lo dicho, que fue un resumen de nuestras desviaciones políticas durante el período de febrero de 1979 hasta fines de junio de 1981 con relación a la toma de la embajada, a la guerra entre Irán e Irak, a Kurdistan y al movimiento del pueblo kurdo, a la actitud de nuestra organización hacia la Primera Conferencia Internacional de Partidos y Organizaciones Marxista-Leninistas y a nuestra visión y práctica respecto a la construcción de un partido comunista, no es posible en este artículo hacer un resumen detallado ni sacar lecciones de estas desviaciones. ¡No porque no sea importante sino todo lo contrario! Por su importancia, requiere de un análisis de fondo, no corto. Sólo podemos prometer que tan pronto como sea posible, haremos este resumen y lo presentaremos al movimiento.

9. Decimos esto porque, aun cuando en el pasado no tuviéramos ni una sola desviación, eso aún no significa que teníamos suficiente experiencia para dirigir una batalla rápida y definitiva. Pues, en el proceso de unirse a las grandes batallas sociales y de esforzarnos por dirigir las, los comunistas aumentarán y desarrollarán su capacidad para guiar y dirigir con éxito la revolución. Hablaremos más de eso después.

10. Naturalmente, el cumplimiento de tales tareas demanda el máximo de unidad y flexibilidad organizativa, incluida una clara perspectiva con relación a las formas que manifiesta cada aspecto de la lucha de clases. Por ejemplo, cómo acelerar la lucha por la emancipación de la mujer del yugo del machismo dominante tiene diferentes formas a la aceleración de la lucha en el Kurdistan.

11. Por área, no queremos dar a entender toda área sino aquéllas donde las condiciones materiales existen para librar una guerra popular. Escribiremos más sobre esto después.

12. Por ejemplo, muchos de nuestros “izquierdistas” previeron la capacidad de la República Islámica para reunir medio millón de personas en el entierro de los “72” (se

refiere a los 72 miembros del PRI que fueron hechos pedazos por las fuerzas revolucionarias), pero no fueron capaces de ver el gran potencial de las fuerzas existentes (si bien dispersas) de la revolución. Así que no es de extrañarse que ellos dieran la orden de retroceder.

13. Este punto no niega la preparación requerida para mantener la continuidad del trabajo de la dirección, un factor importante que ignoramos en una medida desastrosa.